CIRCULO LITERARIO COMERCIAL.

LA ESPAÑA DRAMATICA.

COLECCION DE OBRAS

REPRESENTADAS CON APLAUSO

EN LOS TEATROS DE LA CORTE.



MADRID:

RIOS, MONIER, PEREZ, CUESTA.

CATALOGO *de las obras dramáticas de la propiedad del* CIRCULO LITERARIO COMERCIAL, *estrenadas últimamente en los Teatros de esta corte.*

DRAMAS

EN TRES ó MAS ACTOS.

El curioso impertinente.
La aventurera.
La pastora de los Alpes.
Felipe el Prudente.
Dios, mi brazo y mi derecho.
El fénix de los ingenios.
Ricardo III.
Caridad y recompensa.
El donativo del diablo.
La hija de las flores ó todos están locos.
El valor de la mujer.
La fuerza de voluntad.
La máscara del crímen.
La Estrella de las Montañas.
La ley de raza.
Sancho Ortiz de las Roelas.
Andrés Chenier.
Adriana.
La ley de represalias.
El ramo de rosas.
Caibar, *drama bardo*.
El Trovador, *refundido*.
Cristobal Colon.
Un hombre de estado.
El primer Giron.
El Tesorero del Rey.
El Lirio entre zarzas.
Isabel la Católica.
Antonio de Leiva.
La Reina Sara.
Ultimas horas de un Rey.
Don Francisco de Quevedo.
Juan Bravo el Comunero.
Diego Corrientes.
El Bufon del Rey.
Un Voto y una venganza.
Bernardo de Saldaña.
El Cardenal y el ministro.
Nobleza Republicana.
Mauricio el Republicano.
Doña Juana la Loca.
El Hijo del diablo.
Sara.
García de Paredes.
Boabdil el chico.
El Fuego del cielo.
Un Juramento.
El Dos de Mayo.
Roberto el Normando.

COMEDIAS

EN TRES ó MAS ACTOS.

El médico de cámara.
La aventurera.
Un loco hace ciento.
La tierra de promision.
La cabra tira al monte.
Sullivan.
El peluquero de Su Alteza.
La consola y el espejo.
El rábano por las hojas!
Tres al saco...
Un inglés y un vizcaino
A Zaragoza por locos.
Los presupuestos.
La condesa de Egmont.
La escuela del matrimonio.
Mercadet.
Una aventura de Richelieu.
Deudas de honor y amistad.
Merecer para alcanzar.
Para vencer, querer.
Los millonarios.
Los cuentos de la reina de Navarra.
El hermano mayor.
Los dos Guzmanes.
Jugar por tabla.
Juegos prohibidos.
Un clavo saca otro clavo.
El Marido Duende.
El Remedio del fastidio.
El Lunar de la Marquesa.
La Pension de Venturita.
¡Quién es ella?
Memorias de Juan García.
Un enemigo oculto.
Trampas inocentes.
La Ceniza en la frente.
Un Matrimonio á la moda.
La Voluntad del difunto.
Caprichos de la fortuna.
Embajador y Hechicero.
A quien Dios no le dá hijos!..
La nueva Pata de Cabra.
A un tiempo amor y fortuna.
El Oficialito.
Ataque y Defensa.
Ginesillo el aturdido.
Achaques del siglo actual.
Un Hidalgo aragonés.
Un Verdadero hombre de bien.
La Esclava de su galan.
Pecado y expiacion.
¡Fortuna te dé Dios, Hijo!
No se venga quien bien ama.
La Estudiantina.
La Escala de la fortuna.
Amor con amor se paga.
Capas y sombreros.
Ardides dobles de amor.
El Buen Santiago.
¡Ya es tarde!
Un cuarto con dos alcobas.
¡Lo que es el mundo!
Todo se queda en casa.
Desde Toledo á Madrid.
El Rey de los Primos.
Quien bien te quiera te hará llorar.
Marica-enreda.
Flaquezas y Desengaños.
La Amistad ó las Tres épocas.
El Diablo las carga.

EN DOS ACTOS.

Los pretendientes.
Los dos amores.
Deudas del alma.
Pipo.
Las diez de la noche.
El Congreso de Jitanos.
El Preceptor y su muger.
La Ley Sálica.
Un casamiento por hambre.
Antes que todo el honor.
¡Un divorcio!
La hija del misterio.
Las cucas.
Gerónimo el Albañil.
María y Felipe.

100

LA AVENTURERA,

drama en cuatro actos y en verso.

IMITACION DE LA COMEDIA FRANCESA DE IGUAL TÍTULO Y EN CINCO ACTOS.

POR

LA EXCMA. SRA. DOÑA G. GOMEZ DE AVELLANEDA.



N.° 216.

MADRID.
IMPRENTA Á CARGO DE C. GONZALEZ: CALLE DEL RUBIO NÚM. 14.
1853.

PERSONAJES.	ACTORES.
NATALIA (24 *años*) . . .	DOÑA TEODORA LAMADRID.
LUISA (19)	DOÑA MERCEDES BUZON.
EDUARDO (33).	DON JOAQUIN ARJONA.
DON JULIAN (60)	DON JOSÉ CALVO.
EL MARQUES (40) . . .	DON MANUEL OSSORIO.
CARLOS (22).	DON VICTORINO TAMAYO.
UN CRIADO	DON N. SERRANO.

La escena pasa en Sevilla, algun tiempo despues de la emancipacion de Méjico.

ACTO PRIMERO.

Sala en casa de don Julian, amueblada con decencia; un piano á la derecha del actor, un velador á la izquierda, y cerca de él un sofá.—Adornan las paredes varios cuadros, entre ellos una santa Teresa.—Puertas laterales, y otras dos al foro, que conducen á lo esterior.

ESCENA PRIMERA.

LUISA.—CÁRLOS.

(*La primera aparece sentada en el sofá y en actitud melancólica. El segundo de pié cerca de ella, apoyado en el respaldo del sofá que ocupa su interlocutora.*)

CARLOS. Asi tú dás por seguro
que no será para Páscuas
nuestra boda?
LUISA. Primo, temo
que hasta la tenga olvidada

mi padre: solo se ocupa
de la suya: toda el alma
le absorven esos amores
que á coronar se prepara.

CARLOS. Oh! pisaron en mal hora
de Cádiz las nobles playas
el tal marqués mejicano
y su hechicera Natalia.

LUISA. Sí; fué en Cádiz donde padre
los conoció por desgracia,
y apenas vuelto á Sevilla
ya observamos la mudanza
de su genio, sus costumbres,
sus ideas... Cárlos!... pasma
ver que en otro lo convierte
aquella pasion infausta.

CARLOS. Me causa á mí mas asombro
el que lo quiera la dama;
que aunque rico don Julian
y de muy noble prosapia,
ya con hijos que lo hereden
no es por cierto su alianza
tan ventajosa, que pueda
hacer olvidar sus canas.

LUISA. Y mas á mujer que tuvo
cuna tan gloriosa y alta.

CARLOS. En ese punto confieso
que no creo una palabra
de las insignes historias
del marqués de Iztacpalapa.
Si él fuera lo que nos dice,
no es posible que aceptara
á un marido sesenton
su jóven y hermosa hermana.

LUISA. Quién sabe?... Si por adictos
al rey y á la madre patria,
han tenido que emigrar,
segun entrambos declaran,
al romper Méjico el yugo
y emanciparse de España...

CARLOS. No tacho de inverosímil
aquella lealtad rara,
pero sospecho...

LUISA. Si han sido
sus haciendas confiscadas,
como dicen, y se ven
con una fortuna escasa
despues de grande opulencia,
no parece cosa estraña
que Natalia se resigne
á una boda, sino grata
honrosa al menos.

CARLOS. Tal vez;
mas con talento y con gracias,
á otra pudiera aspirar
mejor, mas proporcionada.

LUISA. Puesto que padre la elije
para ocupar en su casa
y en su tálamo, el lugar
que tuvo mi madre cara,
le debo, primo, respeto
y no pretendo juzgarla.
Lo que me inquieta y me aflige
es el ver cuan amenguada
la ternura paternal
se encuentra, sin otra causa
que aquel nuevo sentimiento
que al pobre anciano avasalla.

CARLOS. Cierto.—Ha tiempo que gemia
don Julian la ausencia larga
de Eduardo, dando al olvido
sus locas calaveradas;
mas si de él hora se acuerda
de condenarlo hace gala.

LUISA. ¿Qué mucho que al hijo ausente
y reo de antiguas faltas
trate así, cuando yo misma
siento ya que no me ama?

CARLOS. Tienes razon: si cual antes
te quisiera, ya mis ansias
satisfechas se hallarian...
ya mi esposa te llamara.

LUISA. Triste de mi!... por consuelo
no tengo en mi suerte amarga
ni un consejo de mi tio,
ni de mi hermano una carta.

A los dos les escribí
y los dos silencio guardan.

CARLOS. En Eduardo tal descuido
no es por cierto cosa estraña;
pero mucho me sorprende
en mi padre.

LUISA. Tres semanas
van ya sin noticias suyas.

CARLOS. Y mucho el volver retarda,
siendo asi que ya en la corte
ningun negocio le ata.

LUISA. Y mi hermano, que ni aun sé
en donde á estas fechas se halla?

CARLOS. Es verdad... mas no te apenes
tanto, Luisita.—Qué! ¿Nada
soy yo para tí? ¿No sabes
con qué estremo te idolatra
tu Cárlos?
(Se sienta á su lado.)

LUISA. Sí, primo mio,
y no existe fuerza humana
que rompa el vínculo puro
que nuestras almas enlaza.

CARLOS. ¡Eh, pues! ¡Alégrate! enjuga,
primita bella, esas lágrimas,
y mírame... ¡no! ¡No así!
Mas risueña...—¡Bien!—¡Me encantas!
Olvídate para siempre
de cuantas cosas te alarman,
y de la huéspeda intrusa.

LUISA. ¡Ay! si hoy huéspeda, mañana
otro carácter tendrá.

CARLOS. Acaso no: todo cambia
en el mundo: escribiremos
otra vez á...

LUISA. ¡Padre!—Calla.
(Se levantan.)

ESCENA II.

Los mismos.—Don Julian.

Julian. *(Con una carta en las manos.)*
¡Qué lenguaje!... ¡Qué osadia!
¡Puff!... la bílis se me exalta.
Luisa. *(Bajo á Cárlos.)*
¡Ay Dios! ¿Qué tendrá?
Carlos. *(En ademan de acercarse á don Julian.)*
Sabremos...
Julian. ¡A mí lanzarme amenazas!
Carlos. Tio...
Julian. *(Sin prestar atencion á Cárlos.)*
Un hermano menor!
Carlos. *(Siguiendo á don Julian que se pasea agitado.)*
Le ruego...
Julian. ¡El pecho me estalla!
Luisa. *(Aparte.)*
Yo tiemblo.
Carlos. Suplico á usted...
Julian. ¡Y contra un ángel tamañas
desvergüenzas!... ¡Yo echo chispas!
¡Yo hago explosion!
(Tropieza con Cárlos al volverse.)
Carlos. ¡Ay!
Julian. ¡Caramba!
Me has reventado, muchacho.
Carlos. Y á mí usted!
Luisa. *(Acercándose con inquietud.)*
¡Cielos!
Carlos. *(A Luisa.)*
No es nada.
(A don Julian.)
Si usted decirme quisiera...
Julian. Tu padre es un tarambana;
un nécio insolente.
Carlos. Tio!...
Luisa. Papá!...
Julian. La voz se me embarga
con el furor!

LUISA. Pero...
CARLOS. Diga
usted por Dios...
JULIAN. *(A Cárlos.)*
Ya tus plantas
no has de volver á estampar
en este suelo: cerradas
quedan para tí mis puertas.
CARLOS. ¿Qué dice usted?...
LUISA. ¡Vírgen santa!
JULIAN. Vuestro tratado himeneo
desde ahora se desbarata...
¡Y me alegro!
CARLOS. ¿Mas por qué?...
JULIAN. Sí; mi hermano se adelanta
á mis votos.
CARLOS. Pero...
LUISA. Padre...
JULIAN. Hace lo que yo anhelaba.
CARLOS. Espliquese usted por Dios.
JULIAN. Este escrito, que me abrasa
la mano, encierra el misterio:
dice así:—¡me ahoga la saña!
(Leyendo.)
»Todas las cartas de esa
»me aseguran que no bastan
»las reflexiones mas justas,
»á apartarte de la insana
»resolucion de casarte...
(Representando.)
¡Ya lo ois!... el que se casa
es loco.
CARLOS. Si usted prosigue
leyendo...
JULIAN. ¡Cosa mas sándia!
(Leyendo.)
»Y como si tal demencia
»en edad tan avanzada...
(Representando.)
¡Bah! creyeran al oirlo
que naci reinando Wamba.
(Leyendo.)
»No diese campo asaz vasto

»á la irrision...
(A Cárlos.)
Vé si estampa
tu padre términos dignos.
(Leyendo.)
»A la irrision que te amaga;
»has hecho, segun parece,
»eleccion tal que te infama,
»llamando á una aventurera
»á un rango que no le cuadra.
(Representando.)
¡Fallo sublime! ante sí
y por sí, juzga y proclama
aventurera, á la ilustre
nieta de excelsos monarcas.
A la que lleva en sus venas
la mas pura sangre indiana,
la que animó á Motezuma,
y á Guatimozin, y á... ¡vaya!
yo no sé cómo reprimo
la cólera que me inflama.

CARLOS. Señor...

JULIAN. Y aun añade el nécio
de dislates otra sarta.
Me tiene á mal el que hospede
con franqueza hospitalaria
á la que ha de ser tan pronto
mi cónyuge, y con audacia
de farsante califica
al marqués de Iztacpalapa
mi cuñado.

CARLOS. Tal vez crea...

JULIAN. Dice que los dos me engañan;
que esplotan mi candidez;
que mi noble hogar profanan...
En fin, dice que si á cabo
llevo la union deseada,
él de la vuestra desiste
y todo empeño quebranta,
porque no quiere por nuera
á la que doy tal madrastra.

LUISA. ¡Infeliz!

CARLOS. ¡Oh Dios!

JULIAN. Yo juro
por mi abuela doña Eufrasia
de Avendaño y Vasconcelos,
Silva, Castro y Peñaranda,
que si ultrajes tan soeces
pronunciase cara á cara
aquel loco segundon
que asi al respeto me falta,
en mi terrible iracundia,
y en mi implacable venganza,
lo hiciera añicos, como hago
á esta...
(Vá con ímpetu colérico hácia la mesa y se detiene al ver que no está en ella el objeto que busca, haciendo la pregunta con cómica transicion.)
¿Quién quitó la jarra
de china que estaba aquí?
LUISA. Yo, papá...
JULIAN. Pues déte gracias,
porque ya polvo seria
sin tan casual circunstancia.
LUISA. Le suplico...
CARLOS. Amado tio...
JULIAN. Me voy!.. veré si se aplaca
mi enojo en la soledad.
(A Cárlos.)
No te halle aquí cuando salga.
(Se vá por la izquierda.)

ESCENA III.

CÁRLOS.—LUISA.—*Despues* EDUARDO.—UN CRIADO, *que se retira.*

LUISA. ¡Primo!.. ¡Cárlos!..
CARLOS. ¡Luisa mia!
LUISA. ¡Hado injusto!
CARLOS. ¡Suerte airada!
LUISA. ¡Vivir de tí separada!
CARLOS. ¡Verte hoy por último dia!
LUISA. Mas no me vence el rigor.

CARLOS. Nada hay que espanto me dé.
LUISA. ¡Seré constante en mi fé!
CARLOS. ¡Seré inmutable en mi amor!
EDUAR. *(Fuera.)*
¡Aparta!
CRIADO. Diga su nombre.
EDUAR. *(Llegando á la puerta.)*
Raras veces lo pronuncio.
LUISA. ¡Visitas!
CRIADO. ¿Cómo lo anuncio?
¿Quién digo que es ?
EDUAR. *(Entrando.)*
¡Bestia! un hombre.
CRIADO. *(Que se retira á una seña imperiosa que le hace el recien venido.*
¡Vaya franqueza!
LUISA. *(A Cárlos.)*
No he visto
jamás esa cara.
EDUAR. *(Aparte mirando á Luisa.)*
¡Es ella!
LUISA. Caballero...
DDUAR. *(Aparte.)*
¡Qué alta y bella!
CARLOS. *(Acercándosele.)*
Caballero...
EDUAR. *(Aparte.)*
¡No resisto!
LUISA. A mi padre avisaré!...
EDUAR. *(Aparte.)*
No me engañó el corazon.
CARLOS. *(A Luisa, bajo.)*
¡Qué visible agitacion!
LUISA. *(Á Cárlos, lo mismo.)*
¡Cómo me mira!
CARLOS. *(A Eduardo.)*
¿Sabré
si á mi tio don Julian
quiere hablar?
EDUAR. *(Aparte.)*
¡Cárlos!
CARLOS. Si un poco
le aguarda usted...

LUISA. *(Que mira á Eduardo con cierto miedo.)*
¿Será loco!
EDUAR. *(Tendiendo la vista en torno suyo.)*
Todos los muebles están
lo mismo que los dejé...
allí el piano... allá la mesa...
acá la Santa Teresa...
y el espejo... el canapé...
La emocion me vende ya.
CARLOS. *(Aparte.)*
¡Hombre estraño!
LUISA. *(Id.)*
Tengo miedo.
EDUAR. *(Alto y en voz conmovida.)*
¡No puedo mas! ¡no! ¡no puedo!
¡Luisa!.. ¡Cárlos!..
CARLOS. ¡Cielos!
LUISA. ¡Ah!!
EDUAR. ¡Ni aun al escuchar mi acento,
por dulce llanto embargado,
conoceis al desterrado?..
LUISA. ¡Hermano!
CARLOS. ¡Eduardo!..
(Se abrazan los tres.)
EDUAR. ¡Oh momento!..
No es todo sueño ó quimera;
hay bien; hay felicidad!..
¡Apretad mas!.. ¡Apretad!..
¡Hoy gozo por vez primera!
LUISA. Mira; tu retrato guardo
constantemente en mi seno:
(Saca el retrato y lleva su vista alternativamente de la pintura al original, y de este á aquella.)
pero te has vuelto moreno...
¡Estás muy cambiado, Eduardo!
EDUAR. ¡Oh! ¡Sí! ¿Qué resta ya en mi
del jóven del tiempo aquel
en que hábil sacó el pincel
esa imágen para tí?
¡Doce años há!.. la distancia
de tal fecha, vive Dios,
se mide bien por los dos...

Te dejé, Luisa, en la infancia,
y te hallo moza arrogante.

LUISA. ¿Sí?..

EDUAR. Te lo dice ese espejo,
que refleja mústio y viejo
mi antes lozano semblante.

CARLOS. ¡Te calumnias atrozmente!

LUISA. ¿Viejo tú?..

EDUAR. Viéndolo estás;
pero ¡ah! lo soy mucho mas
interior que esteriormente.

LUISA. Muy grande, tienes razon,
es tu cambio en la figura;
pero el mio me asegura
que es el mismo el corazon.

EDUAR. Lo es para tí, Luisa mia.
Mas decid, ¿tan otro estoy
que mi padre al verme hoy
desconocerme podria?

LUISA. Sí.

CARLOS. Por seguro lo ten;
no vé casi el infelice
y no usa gafas, pues dice
que en un jóven no estan bien.

EDUAR. ¡Magnífico!

LUISA. Mas ¿por qué?

EDUAR. Traigo un proyecto atrevido
que si no soy conocido
á cabo llevar sabré.

CARLOS. Y contarás en seguida
tu historia, punto por punto.

EDUAR. ¡Diantre!... no... no presta asunto
para un breviario mi vida.

CARLOS. Pero pues tanto has viajado...

EDUAR. Medio mundo he recorrido.

CARLOS. ¿Y has hecho?..

EDUAR. Cuanto he querido.

CARLOS. ¿Y todo eso?..

EDUAR. Me ha cansado.

CARLOS. ¿Pero has visto?...

EDUAR. Mucho y malo!

LUISA. ¿Todo malo?

CARLOS. ¡Es pesimismo!

EDUAR. ¡Siempre al hombre!.. que es el mismo
inglés, chino, turco ó galo.
LUISA. En el mundo, hermano mio,
hay algo bueno.
CARLOS. (*Mirando á Luisa.*)
¡Ya lo creo!
EDUAR. Todo lo es para el deseo,
y nada para el hastío.
Yo que una y otra region
crucé buscando fortuna,
fuí dejando en cada una
un cabello, una ilusion!
Y aun puedo llamarme salvo
si al parar de correr hoy
me encuentro que solo estoy
medio muerto, y medio calvo.
LUISA. Con nosotros dicha y calma
hallarás, Eduardo, al fin.
EDUAR. Sí; junto á tal serafin
rejuvenécese el alma.
Y pues siervo del placer
me llegó todo á cansar,
quiero algo nuevo probar
obedeciendo al deber.
LUISA. Dime, que estoy impaciente,
¿cuál es tu proyecto grave?
EDUAR. Sé que en tí reserva cabe,
y que es mi primo prudente:
por eso á entrambos confio
la intencion que traigo aquí,
y por la cual merecí
la bendicion de mi tio.
LUISA. ¿Lo has visto?
EDUAR. En Madrid lo dejo.
CARLOS. ¿Sabes si pronto vendrá?
EDUAR. Jura que no faltará
de vuestra boda al festejo.
LUISA. ¡Ay Eduardo!
CARLOS. Lo que pasa
ignoras aun.
EDUAR. Quizás no.
CARLOS. Padre escribe...
EDUAR. Traje yo

la carta.

CARLOS. ¡Tú!

LUISA. (*Designando á Cárlos.*)
Mas de casa
mi padre lo ha despedido.

EDUAR. No importa.

CARLOS. ¿Tú impedirás?...

LUISA. ¡Ah! ¡sí! tú nos salvarás.

EDUAR. Mayor empeño he traido,
y mas árduo.

LUISA. ¿Cómo?

EDUAR. Sí;
tambien al iluso anciano
espero salvar.

LUISA. ¡Oh hermano!
que el cielo lo quiera así;
mas temo que la estranjera
mi madre ha de ser.

EDUAR. ¡Jamás!

CARLOS. ¿Con que tú aguardas?...

LUISA. ¿Qué harás
para impedir?...

EDUAR. ¡Bueno fuera
que respeto á una intrigante
rindiera mi hermana pura!

LUISA. ¿La conoces por ventura?

EDUAR. Nunca la he visto.—No obstante,
la adivino, y cierto estoy
de que la comprendo á fondo.

CARLOS. El viejo está tan orondo
con su conquista!

EDUAR. Desde hoy
los dos en mí descansad.

CARLOS. Háblale muy mal de ella.

EDUAR. No tal; le diré que es bella,
digna, llena de bondad.

CARLOS. Si le dieras buen consejo
probándole que está loco...

EDUAR. ¡Ay Cárlos!... conoces poco
lo que es el amor de un viejo.
En las almas devastadas
por el poder de los años,
pesares y desengaños,

se abren grietas dilatadas,
y si, aunque envuelta entre espinas,
la esperanza en ellas prende,
se aferra tanto y se estiende
como la hiedra en las ruinas.
No, nadie arrancar pudiera
por los medios que tú dices,
las muy tenaces raices
de aquella ilusion postrera.

LUISA. ¿Mas tú esperas?...

EDUAR. Que ella misma
seca y rota se desprenda.

CARLOS. Rásgale á tio esa venda.

EDUAR. Basta con quitarle el prisma.

LUISA. *(Mirando á dentro.)*
Huyamos, porque á entrar van
ella y su hermano.

CARLOS. *(Señalando á una.)*
Esta puerta...

EDUAR. Salgamos pronto, y ¡alerta!
voy á esplicaros mi plan.

ESCENA IV.

NATALIA.—MARQUÉS, *por el fondo.*

MARQ. No hay nadie; no: tu futuro
asaltado por la gota
mala noche habrá tenido.

NATAL. Lo he dicho: hoy no abres la boca
sino anunciando desastres.

MARQ. Noble hermana, ¿te acongoja
mucho, el que tenga tu Amintas
algunas de las bicocas
que son de su bella edad
tan naturales y propias?

NATAL. Siempre que triste me ves
me prodigas necias bromas.
(Se vá á sentar donde antes estuvo Luisa.)

MARQ. Se puede saber la causa
que hoy te tiene melancólica?

NATAL. Hoy y siempre... pero á tí
poco la causa te importa.

MARQ. ¿Tanto enojo por que dije
que temo que nos conozcan
antes del fausto himeneo?
NATAL. Ha de ser tuya la obra
si tal sucede: lo afirmo.
MARQ. No tal; protejo esa boda
puesto que tanto la anhelas,
y que tan cara la compras.
NATAL. Sí; lo he dicho: cuanto tengo
es tuyo, en la misma hora
en que me dé don Julian
título y rango de esposa.
MARQ. Y con tan grata esperanza,
despues de hacer bancarrota
por quinta vez en mi vida,
¿cómo es posible que ponga
tropiezos á tus afanes?
NATAL. El vil metal que ambicionas
tendrás; yo acaso la calma
que anhela mi ánima ansiosa.
MARQ. Vil el oro?.. ¡Voto al chápiro!
Pues si lo es, ¿por qué te tomas
tanto empeño por pescar
en tus redes á una mómia,
que no alcanza otro atractivo
que el que le prestan sus onzas?
NATAL. Las que yo acopio en el banco
de Inglaterra, bien te consta
que bastan á hacerme rica;
y pues te las doy gozosa,
claro está que no me mueven
del viejo las rentas módicas.
MARQ. Pues entonces... ¿te han flechado
las gracias de su persona?
NATAL. ¡Alma de cieno!.. no sé
cómo la mia soporta
que interprete sus ideas
tu siempre mezquina lógica.
MARQ. ¡Vamos! te confieso humilde
que comprenderte no logra
mi estupidez.
NATAL. Yo he gozado
cuanto el oro proporciona.

Diamantes, bailes, festines,
palacios, galas, carrozas,
cuanto anheló mi capricho
lo tuvo, acaso de sobra.
Desde mendiga hasta reina
de la hermosura y la moda,
pasé con presteza tanta
que hice la distancia corta;
y la mas grande opulencia
y la miseria mas honda,
hoy confunden sus recuerdos
á la par en mi memoria,
sin darme la una placer
ni duelo amargo la otra.

MARQ. Eres tan rara!..

NATAL. ¿Qué existe,
dime, en la tierra anchurosa,
que para mí nuevo sea?
¿Qué situacion mi alma ignora?...
¡Una!... ¡La suprema y santa!...
Y así yo quiero, ¡esa sola!

MARQ. ¿Y es?...

NATAL. La de verme en el mundo
con rango de noble esposa:
la de ocupar puesto digno
entre las hembras de honra.
Sí; yo quiero penetrar
en la region misteriosa
donde respiran los séres
que Dios de bendicion colma...
Esas madres, esas vírgenes,
puras, castas, pudorosas,
que el hombre mas libertino
nunca sin respeto nombra!

MARQ. Já... já... déjame reir...
¿quién te inspira tal reforma?
¿Desde cuando hubo comienzo
tu vocacion milagrosa
por la virtud?

NATAL. Nunca he visto
sin envidia, á la mas tosca,
á la mas pobre labriega
en la mas humilde choza,

si en torno mira á sus hijos
y en su marido se apoya.

MARQ. En fin, si es firme tu intento
de entrar por la senda angosta
de la virtud, te suplico
que le des conclusion pronta
al negocio: estoy cansado
del papel que hacer me toca.

NATAL. ¿Cómo?...

MARQ. Sí; mi sangre azteca,
mi marquesal parsimonia,
mi sobriedad de hombre honrado,
mi celo de hermano cócora
que por guardar tu inocencia
anda cosido á tu ropa;
todo esto forma una carga
que con su peso me agobia,
y rabio por dar al traste
con mi nobleza y tu honra.

NATAL. Pronto se fija mi suerte,
y entonces nada te estorba
ir á gozar de tus bienes
allá en provincia remota.

MARQ. Muy lejos... sí... te comprendo;
tú de todo te despojas
por verte libre de mí;
porque ya tu alma me odia
y la hermandad contraida
ha mucho tiempo te enoja.

NATAL. De mis afectos no hablemos.

MARQ. Lo sé: son voces sinónimas
mujer é ingrata.—¿Qué fueras
sin mí?... ¡Respóndeme, loca!
Tal vez vivieras aun
con el pan de la limosna.

NATAL. ¡Ojalá!

MARQ. Te has habituado
á llamarme hermano, y borras
de tu mente los recuerdos
de que eras solo una espósita,
cuando mi hermana te hice
por adopcion generosa.
Casi un padre fui contigo...

NATAL. *(Se levanta.)*
¡Basta! mi paciencia agotas.
Si hubo un tiempo en que la niña
de alma pura y candorosa,
te agradeció beneficios
cuya intencion le era ignota,
hoy la mujer te los paga
con el vil metal que adoras;
mas se avergüenza al oir
que impudente los encómias.

MARQ. ¿Y por qué no he de alabarme
de acciones tan meritorias?...
Acaso pretendí ser
nunca para tí otra cosa
que un hermano?

NATAL. *(Indignada.)*
¡Un traficante!

MARQ. ¿Un traficante?... En buen hora:
pues el provecho fué mútuo
reconvenciones ahorra.

NATAL. Del destino que me has dado
tú las ventajas reporta...
que las que á mí me cupieron
me abruman y me sonrojan.
Tuyas serán todas: parte,
y así por siempre se rompa
la indigna fraternidad
de que te he sido deudora.

MARQ. Diez años te he protejido
con mi ingenio y mi tizona,
y aun me has de necesitar
si me voy cual pides, tonta.

NATAL. En fin, no mas de ese asunto.
Mútuo interés nos asocia
por desgracia todavía,
y hasta alcanzar la victoria
es fuerza que ambos...

MARQ. Silencio,
que tu Celadon asoma.

NATAL. Prudencia, pues, por tu vida.

MARQ. *(Irguiéndose.)*
Ya tomo postura heróica.

ESCENA V.

Los mismos.—DON JULIAN.

JULIAN. ¡Qué tarde despunta hoy
por mi horizonte la aurora!...
Salud, marqués.
MARQ. Muy felices.
NATAL. Tuve que hacer ciertas compras.
MARQ. Galas nupciales.
JULIAN. *(A Natalia.)*
¿De veras?...
NATAL. No, señor; no está tan próxima
la ocasion...
JULIAN. Sí, dueño mio;
compasiva el plazo acorta
de mi ventura.
NATAL. ¿Yo?...
JULIAN. Fija
de la ansiada ceremonia
el fausto dia.
NATAL. En verdad...
si usted se empeña...
JULIAN. ¡Te implora
mi corazon!
MARQ. Muy despacio
deben pensarse esas cosas.
JULIAN. Estando ansiosos los dos...
(Aparte.)
¡Si yo alejára á este posma!...
NATAL. *(Sentándose.)*
Mas tarde decidiremos.
JULIAN. *(Yendo á sentarse á su lado.)*
Hazlo, mi bien, hazlo ahora...
y propicia...
MARQ. *(Deteniéndolo cuando se vá á sentar.)*
No tan cerca.
JULIAN. Pero...
MARQ. Próximo á la estopa
no debe ponerse el fuego,
porque diz que el diablo sopla.

NATAL. Hermano!...
MARQ. Ya está su cara
convertida en amapola.
JULIAN. *(Mirando embobado á Natalia.)*
Es su modestia escesiva.
MARQ. Pasó su infancia entre monjas...
JULIAN. *(A Natalia.)*
Angel querido, señala
el instante de mi gloria,
y pueda á su dulce imán
llegarse mi alma ardorosa,
sin que á decirle— mas lejos—
venga nadie con faz torva.
NATAL. ¡Qué apremio!... No me decido...
aunque harto mi pecho aboga
por el afan del de usted.
JULIAN. ¡Mi amor!...
(Aparte.)
Si le hablase á solas
mio era el triunfo.
MARQ. No es bueno
apresurar...
JULIAN. *(Aparte.)*
¡Me encocora!
(Alto al Marqués.)
Hoy hay encierro en la plaza,
que es diversion que me emboba,
y aunque esta vez la renuncio,
si usted gusta... no lo estorba
mi presencia segun creo.
MARQ. Los toros no me alborotan.
JULIAN. Cierto: usted preferirá,
pues con tal destreza monta,
dar á caballo un paseo.
Le ofrezco mi jaca torda.
MARQ. Hoy me siento sedentario.
JULIAN. *(Aparte.)*
¡Maldito!...
(Alto.)
Pues en mi alcoba
me dejé sobre una mesa
mis rancias ejecutorias.
Si las quiere examinar...

MARQ. Sé que ilustre sangre goda
por esas venas circula.
JULIAN. Con todo...
MARQ. En esta poltrona
me arrellano.
JULIAN. ¿Con que quiere?...
MARQ. Ponerme en postura cómoda,
y guardar, como es debido,
á esa inocente paloma.
JULIAN. Si no inspira confianza
mi honradez...
MARQ. Es bien notoria;
pero yo en punto á decoro
no consiento ni una sombra
de descuido.
NATAL. Razon tiene:
no debe estar una novia
con su futuro adorado
sin la fraternal custodia.
JULIAN. ¿Me tienes miedo, bien mio?
NATAL. ¿Miedo?... no... pero...
MARQ. ¡Es tan corta!
JULIAN. *(Al Marqués.)*
Cada acento de sus labios
me electriza: es una joya
inapreciable!...
NATAL. No escucho
tres dias ha su voz sonora,
cantarme aquellas playeras
tan lindas, tan deliciosas.
MARQ. *(Aparte.)*
¡Uf!...
JULIAN. ¿Con que quieres que cante?
NATAL. He aquí la guitarra.
JULIAN. Ronca
la emocion hace á la voz.
NATAL. Siempre es grata y armoniosa
la de usted.
MARQ. *(Aparte.)*
Cual la de un buho.
JULIAN. *(Templando la guitarra.)*
Presta atencion á las coplas,
pues para ti las compuse

anoche en mi insomnio.

NATAL. ¡Hola!
¿Con que tambien es poeta?

MARQ. ¡Qué de talentos acopia!
(Aparte.)
¡No le asaltara una engina!

JULIAN. Oye la primera estrofa.
(Tose y vá á cantar cuando entra Luisa.)

ESCENA VI.

Dichos—LUISA.

LUISA. Papá...

JULIAN. *(Escondiendo la guitarra.)*
Hum...

NATAL. *(Poniéndose en pié.)*
Muy buenos dias,
Luisita.

LUISA. Felices...

JULIAN. ¡Ea!
qué ocurre?

LUISA. Un hombre desea
ver á usted.

JULIAN. ¡Majaderias!

LUISA. Segun dijo es forastero.

JULIAN. Díle que vuelva mas tarde...
ó que no puedo... ó que aguarde...

LUISA. Parece muy caballero,
y se anuncia como amigo
de mi hermano.

NATAL. Siendo así...

JULIAN. Entre pues;—mas nó: no aquí:
adviértele que te sigo.

NATAL. Si es que estorbamos nosotros...
que quiere hablar en secreto
usted con ese sugeto...

JULIAN. ¿Secreto para vosotros?
(A Luisa.)
Que entre díle.

LUISA. Al punto.

(Se vá corriendo.)

NATAL. *(Aparte.)*

¿Quién
será ese amigo de Eduardo?

JULIAN. Cantar las coplas retardo
por breve tiempo, mi bien.

MARQ. *(Mirando dentro.)*
Aquí tiene usted su hombre.

NATAL. *(Aparte.)*
¡Qué estraña pavura siento!

ESCENA VII.

Los mismos.—EDUARDO.

JULIAN. *(Encogiendo los ojos para mirar á Eduardo.)*
Veamos...

EDUAR. Mi atrevimiento
escuse usted.

JULIAN. Sepa el nombre
de quien hoy honra mi casa.

EDUAR. El muy honrado soy yo.
Su hijo de usted me encargó,
con insistencia no escasa,
que una visita le hiciera
y su afecto le espresára.

JULIAN. *(Aparte.)*
Esta voz...

NATAL. *(Aparte.)*
¡Qué noble cara!

JULIAN. *(Presentándole una silla.)*
Sírvase usted.

EDUAR. No quisiera
abusar...

JULIAN. De ningun modo.
(Todos se sientan.)

EDUAR. *(Mirando á Natalia y haciéndole reverencia al sentarse.)*
(Pasma en verdad su hermosura.)

JULIAN. Fué tan grande mi ternura
por Eduardo, que con todo

lo que insano me ha ofendido,
aun me causan gran placer
sus noticias, y el saber
que no me tiene en olvido.

EDUAR. El no dudaba alcanzar
benigno, santo perdon.

JULIAN. ¡Ha sido un calaveron!
mas si se llega á enmendar...

EDUAR. ¡Oh! ya lo está: yo lo fio.
Pasó la edad de locura,
y con marcha mas segura...

JULIAN. Perdone usted, señor mio.
Eduardo cumple este mes
veinte y seis años.

EDUAR. Creia
que mi propia edad tenia.

JULIAN. ¿Y es la de usted?

EDUAR. Treinta y tres.

JULIAN. ¡Oh! pues él tanto no sube,
ni con mucho, ¡vive Dios!
No cuento cuarenta y dos,
y de quince años lo tuve.

EDUAR. ¿Sí?... Pues saber que es tan mozo
sin sospecharlo ni él mismo...

JULIAN. *(Interrumpiéndole.)*
Su partida de bautismo...

EDUAR. Le ha de causar grande gozo.

JULIAN. ¿Con que es usted muy su amigo?

EDUAR. Como hermano nos queremos,
y diz que nos parecemos
un poco.

JULIAN. *(Encogiendo los ojos para mirarlo.)*
¡Sí!... yo lo digo
tambien; pues, sin que me alabe,
¡tengo tal golpe de vista!...
no se me escapa un arista.
¿Y la voz?... aunque es mas grave
la de usted, me acuerda mucho
la de Eduardo... es otro acento;
mas con todo, yo me siento
turbado cuando la escucho.

EDUAR. Esa emocion no es estraña.

JULIAN. Pienso ver sus ojos bellos,

y sus rizados cabellos...
¿Habita en suelo de España?

EDUAR. Ha seis años que sus viajes
terminó ya fatigado.

JULIAN. Y algun medio habrá buscado
para vivir.—Sin ambajes,
de su madre fué la herencia
poca para tal derroche.

EDUAR. Sin mas que el dia y la noche
se encontró por su demencia.
Entonces entró al servicio
del rey, y hoy es capitan.

JULIAN. ¿Valiente?

EDUAR. Fama le dan.

JULIAN. ¿Y ya sin tacha ni vicio?

EDUAR. Pasa por hombre de honor;
mas no de vida ejemplar.

JULIAN. Dios su obra sabrá acabar.

EDUAR. Así lo espero, señor.
(Sacando una carta.)
Reciba usted de mi mano
esta carta que le envia.

JULIAN. *(Tomándola.)*
¡Ah! ¿y usted no me decia?..
(A Natalia y el Marqués.)
¿Permiten?...

MARQ. Sí, caro hermano.
(Don Julian se aparta y lee.)

NATAL. *(Aparte.)*
¡Mi inquietud vencer no puedo!

EDUAR. *(Idem.)*
¡Qué aire tiene la taimada!

NATAL. *(Idem.)*
¡Qué espresion en su mirada!

EDUAR. *(Idem.)*
Engaña á un lince.

NATAL. *(Idem.)*
Dá miedo.

EDUAR. *(Idem.)*
Que es harto ladina infiero.

NATAL. *(Idem.)*
Debe ser hombre muy ducho.

MARQ. *(Idem.)*

¡Vaya si se miran mucho
Natalia y el forastero!

EDUAR. *(A Natalia.)*
Que alcanzo creo el honor
de hablar á la hermana bella
de mi amigo.

NATAL. No soy ella...

EDUAR. *(Señalando á don Julian.)*
¿No es su padre?

NATAL. No, señor...
mi esposo en breve.

EDUAR. ¡Su esposo!
¡tan distantes las edades!...

NATAL. Si se unen las voluntades...

EDUAR. ¡Oh!... ¡qué hombre tan venturoso!

JULIAN. *(Aparte.)*
¡Qué estoy leyendo!...

MARQ. *(Observando á Eduardo.)*
De fijo,
mi hermana lo ha cautivado.

JULIAN. *(Aparte.)*
¡Oh qué honor inesperado!
¡Y es íntimo de mi hijo!...

NATAL. *(Aparte.)*
Esa carta, ¿qué contiene
que así agita á don Julian?

JULIAN. *(Acercándose á Eduardo respetuosamente.)*
Señor du... digo; don Juan...
¿No es Juan el nombre que tiene?

EDUAR. Juan de Peña... servidor...

JULIAN. Pido á vue... vuesamerced...
que me otorgue la merced,
la dicha, el gozo, el honor
de hospedarse en esta choza.

NATAL. *(Aparte.)*
¿Quién es que así se le trata?

EDUAR. La invitacion es muy grata
para mí; pero...

JULIAN. Si goza
mi hijo la dicha de ser
su amigo, por él espero
que usted suprima aquel *pero.*

EDUAR. Bien... acepto con placer.

JULIAN. Pues usted me indicará
la posada en que ha parado.
EDUAR. Voy yo mismo;... mi criado
el equipaje traerá.
JULIAN. Para comer lo aguardamos.
MARQ. *(Aparte con malicia.)*
Hum...
EDUAR. Estoy aquí al momento.
Beso sus manos.
JULIAN. Yo atento
las suyas.
NATAL. *(Aparte.)* Muy mal estamos.
EDUAR. Señora... quedo á sus piés.
NATAL. *(Saludándole.)*
Caballero... *(Aparte.)* No me gusta
esta embajada : me asusta.

ESCENA VIII.

Los mismos, menos EDUARDO.

JULIAN. *(Llegándose presuroso á Natalia, despues de despedir á Eduardo.)*
¿Sospechas mi amor, quién es
nuestro huésped?
NATAL. Solo infiero
que será noble persona,
puesto, señor, que lo abona
ser de Eduardo el mensagero.
MARQ. Tiene aspecto militar:
sí; yo apuesto que es soldado.
JULIAN. Pues no, amigo; se ha engañado;
y aunque debo reservar
lo que esta carta revela,
con mi hermano y mi futura
me fuera cosa muy dura
tener la menor cautela.
NATAL. *(Aparte.)*
¡Mal presiento! *(Alto.)* ¿Quién ese hombre
es, que reserva reclama?
MARQ. Diga usted como se llama.
JULIAN. De pila no sé su nombre;

(Con misterio.)
pero es un duque opulento,
que por prudentes razones
su alta clase, y sus doblones
oculta.

MARQ. ¡Vaya! eso es cuento.

JULIAN. No tal, que Eduardo me esplica...
mas con permiso de ustedes...
(A Natalia.)
Ten la carta; leerla puedes.
Yo voy, como me suplica
su autor, á hacer se prepare
habitacion.
(Hace que se vá y vuelve.)
Es soltero,
segun dice Eduardo.

MARQ. Pero...

JULIAN. *(En tono confidencial.)*
Acaso el cielo depare
á Luisa algun fortunon...
El duque diz que es vehemente,
impetuoso, vivo, ardiente...
¿quién sabe si una pasion?

MARQ. ¿Con que usted aguarda?...

JULIAN. No aguardo-
nada; pero Luisa es guapa...
¡y ya vereis! hay solapa
en lo que me indica Eduardo.
Hasta la vuelta.
(Se vá.)

ESCENA IX.

NATALIA.—MARQUÉS.—*Al final de la escena,* EDUARDO.

MARQ. *(Aparte.)* Impetuoso,
rico y libre!..

NATAL. *(Llegándose á él.)*
De ese amigo
de Eduardo, ¿qué dices?

MARQ. Digo
que al pobre viejo baboso

le vá á robar la futura.

NATAL. ¡El!... ¡desdichado!... ¿estás loco?

MARQ. Tú lo serás, y no poco,
si pierdes tal coyuntura.

NATAL. *(Indignada.)*
¿Cuando mis faltas deploro
proponer osas, malvado?...

MARQ. ¡Eh! las tontunas á un lado.
¡Quiero de ese duque el oro!

NATAL. ¡Róbaselo, vil!

MARQ. Presidio
hay para necios ladrones,
y sin riesgo de prisiones
yo alcanzo mejor subsidio.

NATAL. ¡No obtendrá tu avilantez
mas tal ventaja, maldito!

MARQ. Pues canto claro, y te quito
tu nobleza y tu honradez.

NATAL. ¿Fueras capaz?...

MARQ. Haz la prueba.

NATAL. ¡Ah! ¡no la he menester! ¡no!
que no hay para tí sé yo
infamia imposible ó nueva.

MARQ. El oro del duque quiero:
nada mas añado.

NATAL. ¡Oh Dios!

MARQ. *(Mirando al fondo.)*
¡El vuelve!... Os dejo á los dos.
(Se vá por la derecha.)

EDUAR. *(Al llegar á la puerta.)*
¡La encuentro sola!

NATAL. *(Volviendo la cabeza y viendo á Eduardo que se le acerca.)*
¡Ah! ¡Yo muero!
(Se apoya en el velador vacilante y conmovida.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del primer acto.

ESCENA PRIMERA.

EDUARDO.—LUISA *despues.*

(Eduardo aparece sentado y en actitud pensativa.)

EDUAR. Disgusto, casi pavura,
se pintaba en su semblante
al escuchar mis lisonjas...
¡Muy alto raya en el arte!
El mas esperto, está visto,
no conoce los ambajes
del corazon femenino,
que es un misterio sin clave.

LUISA. (*Entrando.*)
Eduardo, apenas la cama
dejo, y ya vengo á buscarte.
¡Qué mala noche he pasado...
si vieras!... dos años hace
que en Cárlos miro á mi novio,

y mucho antes, mucho antes
mas que á hermano le queria,
aunque no me lo esplicase.
Y ahora así, tan de repente,
toda esperanza arrancarme...
¡No verle mas!... ¡oh! mi pecho
no alcanza fuerza bastante
para ese atroz sacrificio.

EDUAR. Sosiega, que ha de arreglarse
todo, y muy pronto.

LUISA. En tí fundo
mi esperanza, no me engañes;
no burles á un corazon
que siempre te amó constante.

EDUAR. No; de tu suerte ante el cielo
me declaro responsable:
no temas nada, hija mia.

LUISA. Mas si tu plan fracasase...

EDUAR. Me hallo en la casa paterna
sin reconocerme nadie,
que era el riesgo mas temible;
por lo demas no te alarmes.

LUISA. Eso sí; ni una sospecha
padre abriga.

EDUAR. Y soy magnate
para su ninfa.

LUISA. Con todo,
si no logras que te ame
y renuncie al casamiento...

EDUAR. ¡Diablo! fuera chusco el lance...
mas no es posible, las damas
de ese gremio... ese carácter,
á las rentas de un ducado
jamás le han hecho desaire.

LUISA. Mas si ella no es lo que piensas...

EDUAR. ¡Bah!...

LUISA. Pues le demuestra á padre
un amor tan verdadero...

EDUAR. El ver que fingirlo sabe,
para inferir quién es ella
le basta al mas ignorante.

LUISA. Podrá ser, pero...

EDUAR. Confieso

que á la esperanza que traje,
lo observado hasta el presente
ni con mucho satisface.
Me proporcionó ayer mismo
un acaso favorable
hallarla aquí sola. Al pronto
auguré bien de la grande
turbacion, cierta ó fingida,
que al verme, supo mostrarme:
mas muy en breve cambió
de aspecto, tomando un aire
tan reservado y adusto,
que juzgué gran disparate
de mi improvisa pasion
soltar prenda en tal instante.
Me limité por lo tanto
á algunas corteses frases
dichas... así, con voz trémula...
á lo novato. —¡Qué diantre!
no estuvo el papel mal hecho
del todo; mas ella grave
como un dómine.—En la mesa
tambien fingí extasiarme,
y por exhalar suspiros
probé apenas los manjares:
la picarona se estuvo
siempre en guardia; mis visajes
aparentó no notar,
y mi abstinencia fué en balde.

LUISA. ¡Ya ves!... y luego en su cuarto
se estuvo toda la tarde
y la noche; eso te prueba...

EDUAR. Solo, á mi ver, que es muy hábil:
que en punto á coquetería
la suya tiene quilates
de valor poco comun.
¡Oh! y á fé que me complace
hallar tan digno adversario,
lejos de apesadumbrarme.
Solo cumplir un deber
pensaba, mas tal vez halle
en un tan sério negocio
una diversion picante.

LUISA. Pero di, ¿pasará el dia
triste, lento, perdurable,
sin que yo vea á mi primo
y logre un momento hablarle?
EDUAR. Ya buscaremos un medio.
¿De fijo él ronda la calle?
LUISA. En la fonda de la esquina...
EDUAR. Silencio... viene el farsante.
LUISA. Me voy corriendo... No olvides...
EDUAR. Lo verás; sí; no te afanes.

ESCENA II.

EDUARDO.—MARQUÉS.

EDUAR. *(Aparte.)*
Celebro este encuentro mucho.
MARQ. *(Aparte al entrar.)*
Mi esperanza cierta sale:
lo hallo solo: ¡bien!
EDUAR. *(Aparte.)*
No creo
que este sea impenetrable.
MARQ. *(Aparte.)*
Si le ha petado Natalia...
yo le haré que se declare.
EDUAR. *(Aparte.)*
Prefiero verle venir.
MARQ. *(Aparte.)*
Dejemos que él se adelante.
EDUAR. *(Tomando un libro de encima del velador.)*
El Quijote... ¡impresion bella!
MARQ. *(Aparentando mirar con atencion el cuadro de Santa Teresa.)*
¡Es muy hermosa esta imágen!
EDUAR. *(Aparte.)*
El pillo finje no verme.
MARQ. *(Aparte.)*
El tonto no llega á hablarme.
EDUAR. *(Aparte.)*
Comenzaré.

MARQ. (*Aparte.*)
Doy principio.
EDUAR. } ¡Ah! ¡Caballero!...
MARQ. }
EDUAR. Cervantes
me distrajo, y no noté...
MARQ. Yo ocupado del exámen
de este cuadro, no advertí...
me apresuro á saludarle.
EDUAR. Igualmente.
MARQ. Ya supongo
todo el cansancio del viaje
disipado.
EDUAR. Sí... la noche
no ha sido muy agradable,
sin embargo; no he dormido
casi nada.
MARQ. (*Aparte.*)
¡Bien! mortales
son los síntomas.
(*Alto.*)
Tal vez
el tener nuevo hospedaje...
EDUAR. Me encuentro en él muy gozoso:
le debo la dicha grande
de haber, señor, conocido
á usted y su hermana amable.
MARQ. La dicha es para nosotros.
(*Aparte.*)
Ya estos son preliminares.
(*Alto.*)
Tambien Natalia se encuentra
algo indispuesta.
EDUAR. Que cause
eso su largo retiro
siento mucho.
MARQ. Dios mediante
no será nada: presumo
que son del alma sus males.
EDUAR. (*Con aparente interés.*)
¡Ah!... ¿del alma?...
MARQ. Su tristeza...
EDUAR. ¿Un angel tiene pesares?

MARQ. No digo precisamente...
pero, sí; nuestros desastres
por haber sido á la España
adictos, fieles, leales...

EDUAR. Las desgracias glorias son
con origen semejante.

MARQ. En efecto; mas despues
de riquezas colosales,
una mujer jóven, bella,
soporta mal el contraste.
Luego, ¡mi hermana es sensible
con esceso! impresionable...

EDUAR. No dudo; su voz, sus ojos,
su acento, sus ademanes,
todo en ella está indicando
las preciosas cualidades
de una alma tierna y ardiente.

MARQ. Cierto... sin que yo la alabe
puedo decir que no he visto
muchas damas que la igualen,
ni del ánimo en las dotes,
ni en las gracias corporales.
Es un fénix, cual decia
su padrino, obispo *in partibus*;
y nuestro difunto tio
don Celedonio Olivares,
conde de Tuspa, Jorullo,
Colina y otros volcanes.
Mas, como antes dije á usted,
no es muy comun conformarse
á descender de la altura
envidiada en que uno nace;
y menos una doncella
que anhela perlas, diamantes,
y todo el fausto que preste
á la hermosura realce.

EDUAR. *(Aparte.)*
La yesca prende.
(*Alto.*)
Ese anhelo
mi razon no me persuade
que inquiete á su hermana hermosa,
que tener debe á millares,

cual sus encantos merecen,
partidos no despreciables.

MARQ. *(Aparte.)*
Vá mas lejos que creia.
(Alto.)
¿Partidos?.. si... su linaje
la hace muy merecedora...
pero hay pocos que se casen
por amor; y ella sin dote...

EDUAR. *(Con calor.)*
¿Qué dote mas estimable
que las virtudes?..

MARQ. No niego...
(Aparte.)
Imposible presentarse
mejor.
(Alto.)
En cuanto á virtudes
no hay una que la aventaje;
puedo decirlo seguro.
Se educó con doña Prájedes
de Estúñiga, nuestra tia,
viuda del baron de Bátres
y del Guajuco... señora
de costumbres ejemplares,
que estoy cierto que algun dia
figure en el almanaque.

EDUAR. Me alegraré...

MARQ. Mas con todo,
solo consigue un enlace
muy poco digno de envidia
mi pobre hermana: eso parte
el corazon.

EDUAR. ¡Ah!..

MARQ. Sin duda,
caballero, ya usted sabe,
que á don Julian dá su mano.
Es hombre muy venerable;
mas ¿qué ventura esperar
de tan opuestas edades?

EDUAR. ¡Ah, ¡señor! yo no concibo
que á una union tan discordante
preste usted consentimiento.

Unir un vivo á un cadáver
menos atroz me parece
que á don Julian con ese ángel.

MARQ. ¿Qué quiere usted?.. me veia
con escasas facultades,
y en mi época mas amarga
de desaliento, allá en Cádiz,
pidió el buen hombre á mi hermana,
que, dócil á mi dictámen,
se resolvió al sacrificio,
que acaso deplora tarde.

EDUAR. (*Vivamente.*)
Aun no lo es. Usted no debe
llevar á cabo un dislate,
un crímen, que tal seria.
Perdóneme este lenguaje
del corazon, señor mio:
reprimo mal sus arranques,
aunque comprendo que usted
quizá de osado me tache.

MARQ. No por cierto: la franqueza
es de mi genio la base.
Además, no me parece
posible que de ayer date
solamente el conocernos.
Hay no sé qué, que me atrae
en usted.—Simpatizamos
de fijo.

EDUAR. Yo debo honrarme...

MARQ. La fortuna será mia...

EDUAR. A mi celebrar me atañe...

MARQ. ¡Oh! como su amistad logre...

EDUAR. Yo seré quien mucho gane
si usted se digna admitirla

MARQ. La mano, pues, ¡voto á sanes!
y entáblese la franqueza
y cumplimientos á parte.
(*Se dan la mano.*)

EDUAR. Con mil amores.

MARQ. Pues somos
en genio y en rango iguales...

EDUAR. ¡Eso no! Segun me han dicho,
y revela su talante,

es usted, todo un marqués...
y yo no soy personaje.

MARQ. *(Aparte.)*
¡Qué mal miente!
(Alto.)
Para mí
la grandeza que mas vale
es la del alma.

EDUAR. Se vé
que no hay ninguna que falte
al señor de Iztacpalapa.

MARQ. *(Aparte.)*
Yo haré que el disfraz se acabe.
(Alto.)
Pensaba, amigo don Juan,
que siendo tan matinales
los dos hoy, y habiendo fonda
de esta casa no distante...

EDUAR. Nuestra naciente alianza,
¡que ojalá pueda estrecharse!
solemnizar fuera justo
con un almuerzo amigable.

MARQ. ¡Exactamente!.. ¿no he dicho
que hay simpatía?

EDUAR. A indicarle
iba ahora esa observacion.

MARQ. ¡Pues á la fonda!

EDUAR. Al instante.

MARQ. *(Ap. al ir á cojer su sombrero.)*
Si á Cupido Baco se une,
la victoria es cosa fácil.

EDUAR. *(Ap. al tomar el suyo.)*
Le arrancaré cuanto anhelo
como logre emborracharle.
(Van á salir, cediéndose mútuamente el paso con ademanes corteses, cuando entra don Julian.)

ESCENA III.

Los mismos.—DON JULIAN.

JULIAN. ¡Eh! ¿qué es eso?.. ¿dónde bueno
mis huéspedes tan temprano?
MARQ. Son las ocho, dulce hermano.
EDUAR. Y el dia está tan sereno
que convida á pasear.
MARQ. Queremos espaciarnos
un poco: sin esperarnos,
se pueden desayunar
ustedes.
JULIAN. Bien.—Diversion
deseo á ustedes, amigos.
(*Aparte.*)
Así no tendré testigos
de mi amarga agitacion.
(*Don Julian se adelanta al proscenio y se sienta, mientras Eduardo y el Marqués truecan al fondo, antes de marcharse, las palabras siguientes.*)
MARQ. (*Bajo á Eduardo.*)
El primer brindis, yo opino
que ha de ser por su himeneo.
(*Designando á don Julian y sonriendo con malicia.*)
EDUAR. (*Con calor.*)
¡Jamás!
MARQ. ¿No?
EDUAR. ¡No!.. ¡ya lo creo!..
á hiel me supiera el vino.
MARQ. (*Con espresion.*)
¡Pues bien! lo propondrá usted.
EDUAR. ¡Por ella!
MARQ. (*Apretando la mano de Eduardo.*)
Mucho me obliga.
(*Aparte.*)
¡Cayó el pájaro en la liga!
EDUAR. (*Aparte.*)
¡Cayó la trucha en la red!
(*Se ván.*)

ESCENA IV.

DON JULIAN, *sentado y pensativo.*

Se negó anoche á mi vista
fingiendo leve quebranto,
y hoy, apenas me levanto,
me demanda una entrevista.
¿Qué significa, Dios mio?..
¡oh! yo no sé qué presiento...
pero angustiado me siento:
tengo espasmo... escalofrio...
Mudanza pienso observar
en el mismo Iztacpalapa...
¡sí! la dicha se me escapa
sin que lo pueda dudar.
Pero si á Natalia pierdo;
si pierdo á mi bien querido;
de ser cristiano me olvido,
ceso de ser hombre cuerdo,
y en esta tan fresca edad
yo, con mi propia corbata,
ó una liga de la ingrata,
me ahorcaré sin piedad!
(Se levanta.)
Siglos los instantes son...
quiero entrar... ¡ah no! ¡Viene ella!
¡jamás la he visto tan bella!
(Llevándose la mano al pecho.)
¡Tate, tate, corazon!

ESCENA V.

DON JULIAN.—NATALIA.

NATAL. Sabiendo que se halla solo
me anticipo, don Julian.
JULIAN. *(Balbuciente.)*
¡Ah!.. si comprendes mi afan...

¿Ves!.. me aflijo... me desolo...
me horripilo... me anonado,
luchando entre mil temores.

NATAL. No son los mios menores,
porque el instante ha llegado
mas solemne de mi vida...
Llame usted toda su calma,
porque va á abrirle su alma
una pobre arrepentida.

JULIAN. ¿Te arrepientes?.. ¡yo fallezco!
¿Te arrepientes?.. ¡me aniquilo!

NATAL. Escúcheme usted tranquilo
si algun amor le merezco.

JULIAN. ¡Ay... ay!.. ¡acaba!.. ya escucho.

NATAL. Le engañé á usted... le he mentido.

JULIAN. ¿Conque jamás me has querido?
¿jamás?..

NATAL. Se turba usted mucho,
y no me entiende.

JULIAN. ¡Pues qué!
¿qué has dicho?

NATAL. Por alcanzar
su amor, que supe apreciar,
fué, don Julian, que falté
á la verdad que es mi guia.

JULIAN. Como en tu amor no mintieras,
dijeras lo que dijeras,
te perdono, hermosa mia.

NATAL. (*Con resolucion.*)
Yo no nací gran señora,
ni en el suelo americano.

JULIAN. (*Con asombro.*)
¡Cómo!

NATAL. (*Aparte.*)
¡Ven, hombre tirano,
¡ven á amenazarme ahora!

JULIAN. ¿No eres noble?.. ¿no has nacido
en Méjico?

NATAL. Yo no sé
qué patria nombrar podré,
ni familia he conocido.

JULIAN. ¡Cielos!

NATAL. Me dió pobre cuna

el hado, aunque mal me cuadre,
y me hallé niña y sin madre,
con belleza y sin fortuna.

JULIAN. ¡Qué escucho!

NATAL. Para mi mal
á un mónstruo encontré en el suelo...
descorrer no quiero el velo
de su conducta infernal;
mas tranquila mi conciencia
queda, despues de decirle
que supe sagaz fingirle
á usted candor é inocencia.

JULIAN. ¡Ah!.. comprendo, desdichada!
¡Comprendo!.. y conozco al fin
que era por interés ruin
mi noble pasion pagada.

NATAL. *(Despues de mirarle un momento con desden y disgusto.)*
A no ser mi dolor fiero
usted me hiciera reir.

JULIAN. ¿Pues qué?..

NATAL. ¡Pensar y decir
que lo amé por su dinero!..

JULIAN. »Con lo que insana me cuentas (1)
»es racional que te arguya...

NATAL. *(Con desden.)*
»¿Y qué riqueza es la suya?

JULIAN. »Cuatro mil duros de rentas.

NATAL. »¿Y qué es eso, viejo loco,
»á quien millones tiró?..
»Las mujeres como yo,
»no se venden por tan poco.»

JULIAN. Pues no estrañes que me asombre;
¿si por codicia no obrabas
qué era lo que en mí buscabas?

NATAL. ¡Era, don Julian, un nombre!
era la paz, la ventura
de su doméstico hogar,
y el gozo de verme amar

(1) Los versos marcados con comillas se suprimieron en la representacion.

con afeccion casta y pura.

JULIAN. *(Conmovido.)*
¿Conque á mi amor precio diste
tan alto?

NATAL. ¿No era inocente?

JULIAN. ¡Oh... sí, y eterno y ardiente!
¿pero por qué me mentiste?

NATAL. Digna de usted me sentia;
mas el mundo es riguroso,
y quise hacerle dichoso
sin poner en lucha impia
á ese pobre corazon,
que sabiendo quien yo era
vacilante se sintiera
entre el mundo y su pasion.

JULIAN. *(Vacilante.)*
Fué generoso el engaño;
lo veo... y si tu virtud
se estravió en la juventud...
nada hay en eso de estraño.
Tu alma es noble, digna, buena...
¡Oh necias leyes sociales!
origen son de mil males...
¿mas quién rompe su cadena?

NATAL. ¡Jamás lo intente usted, no!
ráncias preocupaciones
tienen fuertes eslabones.

JULIAN. ¡Ah! cómo pudiera yo...

NATAL. Usted no se halla en edad
de tirarle al mundo el guante.

JULIAN. En cuanto á eso...

NATAL. Muy pujante
debe ser la voluntad;
muy jóven el corazon,
para resolverse audaz
á hollar del mundo á la faz
los yugos de la opinion.

JULIAN. Pues yo aseguro...

NATAL. Sumiso
siga la trillada senda,
que al que otra trazar emprenda
mucho vigor le es preciso.

JULIAN. Me siento como el que mas...

NATAL. ¡Adios!.. yo parto al instante.
JULIAN. ¡Cómo! ¿dejas á tu amante?
¿no serás mia?..
NATAL. ¡Jamás!..
Nadie borra lo pasado
por mas lágrimas que vierta:
la virtud cierra su puerta
al que una vez la ha dejado.
JULIAN. ¡Natalia!
NATAL. Olvídeme usted...
yo sigo el fatal camino
á que me arroja el destino,
de su capricho á merced.
Si me aflije la memoria
la aturdiré con placeres;
envidiarán las mujeres
de mi hermosura la gloria;
y las huellas incesantes
(*Señalando su frente.*)
que aquí graben los dolores,
cubriré con gayas flores,
y con perlas y diamantes.
JULIAN. ¡Va á perderse la infeliz!
¡Ay... yo lloro como un niño!..
NATAL. ¡Adios!—¡Ahogue su cariño...
ó arránquelo de raiz!
JULIAN. ¡Arrancarlo?... con pedazos
de mi corazon saldria!..
¿romper en un solo dia
nuestros dulcísimos lazos?..
NATAL. Quizás en un nuevo amor
tendremos ambos consuelo.
JULIAN. ¡Otro amor!.. ¿ese es tu anhelo?
¡y yo muero de dolor!
NATAL. ¡Injusto!..
JULIAN. ¿Me amas?
NATAL. Dichosa
si nunca lo hubiera visto!
¡Adios... adios!..
(*Hace que se va.*)
JULIAN. ¡No resisto!
¡Tente! ¡escucha!—¡Sé mi esposa!
Mi mano torno á ofrecerte.

NATAL. ¡Señor!
JULIAN. Con mi amor profundo,
aunque se opusiera el mundo
me siento animoso y fuerte.
NATAL. No... no debo...
JULIAN. ¡Compasion!
y si no lo haces por mí
házlo, Natalia, por tí...
hazlo por tu salvacion!
NATAL. Hoy obra usted de ligero,
y mañana arrepentido...
JULIAN. ¡Mañana soy tu marido!
Acéptame, ó aqui muero.
¿Qué me respondes?
NATAL. ¡Ingrato!
JULIAN. *(Regocijado.)*
¡Ah!.. ¿Consientes?..
NATAL. Sí.. consiento.
JULIAN. Pues mañana el casamiento.
NATAL. Y aquí, esta noche, el contrato.

ESCENA VI.

Los mismos, EDUARDO.

EDUAR. *(Al entrar, aparte.)*
Esto abrevia el desenlace.
NATAL. ¡El duque!
JULIAN. (*A ella.*)
Rostro sereno.
EDUAR. *(Aparte.)*
Los hallo aquí juntos, bueno.
JULIAN. Entre usted; mucho me place,
don Juan, el que haya venido
en tan dichoso momento.
A mi esposa le presento,
y á presenciar le convido
esta noche el formulario
de dichos, y...

EDUAR. ¡Cómo!.. ¿qué?..
JULIAN. Natalia acepta mi fé.
Corro á avisar al notario.
EDUAR. *(Vivamente.)*
Aguarde usted...—Soy estraño
á este asunto; mas colijo
que cual amigo de su hijo
debo... no sé si me engaño;
debo tomarme interés
muy vivo en cuanto le toca.
JULIAN. Caballero...
EDUAR. Y pues tan loca
la opinion suele á través
las cosas ver y juzgar,
de la que su esposa nombra
yo quisiera hasta la sombra
de una sospecha alejar.
JULIAN. Pero... pienso...
EDUAR. Aquí venia
de hondo disgusto afectado,
porque otros han escuchado
lo que ni yo oir queria.
JULIAN. ¿Qué cosa?
EDUAR. El señor marqués
en un almuerzo de amigos,
y teniendo por testigos,
de la fonda á dos ó tres
sirvientes, acaba ahora
de soltar palabras tales
que pueden ser muy fatales
á la honra de esta señora.
NATAL. *(Aparte.)*
¡Cielos!
JULIAN. ¡Su hermano!
EDUAR. Muy recio,
ya por el vino exaltado,
destruyó su marquesado,
al que no daba gran precio:
y se ha jactado impudente,
de ser un pillo, un tahur,
que no halla de Norte á Sur
un rival que le haga frente.
JULIAN. ¡Ah!

EDUAR. Trataba de quimera
de su hermana la hidalguía;
de su virtud se reia
llamándola... aventurera;
y aunque tan gran desatino...
NATAL. No, señor; dijo verdad.
JULIAN. (*Aparte y con despecho.*)
¿Confiesa? ¡qué necedad!
NATAL. Si él necesita del vino
para ser, don Juan, sincero,
á mi franco corazon,
para arrojar la ficcion
le basta el ser altanero.
Yo en ese mundo orgulloso
que me rechaza inclemente,
no entro cubriendo mi frente
con un disfraz engañoso.
La máscara ante su puerta
con noble audacia depongo,
porque probar me propongo
que puedo entrar descubierta.
EDUAR. (*Aparte.*)
¡Oh! ¡qué orgullo! ¡qué insolencia!
(*A don Julian.*)
¿Pero usted?..
NATAL. Lo supo todo
por mis lábios.
EDUAR. De ese modo;
teniendo tal evidencia;
usted resuelve, señor...
NATAL. Que su eleccion se respete,
porque á él solo le compete
guardar su fama y su honor.
EDUAR. ¿Es posible?.. ¡don Julian!..
¿Es cierto?..
JULIAN. Sí... yo me caso.
Mi corazon no traspaso
por miedo del qué dirán.
La idolatro... ¡y soy quien soy!
Piense el mundo lo que quiera...
la que llamó aventurera
ya es mi mujer desde hoy;
y si hay quien lo olvide insano,

le probaré, á su despecho,
que hay pundonor en mi pecho,
y que hay acero en mi mano.
(*Se va.*)

ESCENA VII.

EDUARDO.—NATALIA.

(*Momento de silencio.*)

EDUAR. (*Aparte.*)
Pues, señor, quedamos frescos.
NATAL. (*Aparte.*)
El duque está en estupor.
EDUAR. (*Aparte.*)
Es Maquiavelo con faldas.
NATAL. (*Aparte.*)
Es un amigo de pró..
EDUAR. (*Aparte.*)
Mas no me doy por vencido...
¡vuelvo á mi plan, voto á brios!
NATA. (*Aparte.*)
Que abrigo quiero probarle
un alma muy superior.
EDUAR. Señorita...
NATAL. Caballero...
EDUAR. Aunque asaz turbado estoy...
NATAL. ¿Turbado?... ¿Por qué motivo?
usted su deber cumplió
de buen amigo de Eduardo
al ser su intérprete hoy;
pero pues nada le evita
lo que usted juzga baldon,
sepa al menos que en mi pecho
no cabe injusto rencor,
y que lo estimo altamente
por el celo que mostró.
EDUAR. Señora... no fuera digno
de tan noble estimacion,
y de la fama que alcanzo
de hombre sincero y de honor,
si su juicio lisonjero

no desmintiera mi voz.

NATAL. ¿Desmentirlo?

EDUAR. No he tenido
la idea que usted creyó
al querer alzar tropiezos
do fracasase esa union,
que usted parece anhelar.

NATAL. ¿No fué por Eduardo?

EDUAR. No.

NATAL. ¿Pues qué interés le movia?

EDUAR. ¿Qué interés?... ¡Natalia!... ¡oh Dios!
si usted no lo ha comprendido
decirlo no debo yo.

NATAL. *(Aparte.)*
¿Qué quiere indicar?

EDUAR. Perdone,
señora, á mi agitacion,
tan desconcertadas frases...
mujer ninguna inspiró
el respeto que tributo
á usted, cuyo gran valor
por instinto adivinaba
este infeliz corazon.

NATAL. *(Aparte.)*
¿Es de burlas ó de veras?

EDUAR. Depurada en el crisol
del infortunio, su alma
sale con brillo mayor,
y muestra tales quilates...

NATAL. Basta, don Juan: su opinion
ventajosa me es muy grata;
pero tan vana no soy
que merecerla presuma.

EDUAR. ¡Aun es corto mi loor!
Si aun las fáciles virtudes
raras, rarísimas son,
y á menudo se marchitan
al soplo de aura precoz,
¿quién pudo del alma humana
juzgar tan grande el vigor,
la entereza, como usted
patentiza, y viendo estoy?
Rodar desde escelsa cumbre

no pocas veces se vió,
ya con rápida caida,
ya de uno en otro escalon;
pero romper ligaduras
que un hado injusto tegió,
y del profundo surgir
por sublime inspiracion
del alma, que emprende el vuelo
recto, encumbrado, veloz,
siempre la virtud mirando
cual mira el águila al sol...
eso, señora, es muy grande,
y es mas raro ¡vive Dios!

NATAL. Si usted le inspira á su amigo
ese juicio, gran favor
le deberé, pues no dudo
que aprobará la eleccion
con que su padre me honra.

EDUAR. ¿Pero á ese consorcio atroz
se encuentra usted decidida?

NATAL. ¿Puede usted dudarlo?

EDUAR. ¡Oh!...
ser con si misma cruel...
sacrificarse... perdon!...

NATAL. Es sacrificio, no niego,
y ya mi alma lo pesó.

EDUAR. ¿Y acepta el triste destino?...

NATAL. Que será la expiacion
de antiguas faltas, que abjuro
con firmeza y con dolor.
Así en el mundo serena
á tomar mi puesto voy,
y nadie tendrá derecho
de presumir con razon
que no merece ocuparlo
quien tan caro lo compró.

EDUAR. *(Aparte.)*
¡Pardiez!.. me corta su aplomo.

NATAL. Cual caballero españcl
espero que de una dama,
que hoy elogios le escuchó,
se muestre, si llega el caso,
generoso defensor.

EDUAR. ¡Oh señora!.. si supiera
que calumniando feroz
las cualidades que admiro,
paraba la ejecucion
del sacrificio horroroso,
lo hiciera... ¡sí! ¡sin rubor!
Acaso es pobre egoismo
de una insensata pasion,
mas me subyuga, y no puedo
ya sofocarla.

NATAL. ¡Señor!

EDUAR. *(Como fuera de sí.)*
¡Sí, Natalia! ¡yo te amo!
¡Te amo como nadie amó!

NATAL. ¿Recuerda á la aventurera
quien me habla así?..

EDUAR. ¡Por favor!
no me calumnies al menos;
que en tí á un ángel miro yo.

NATAL. ¡Señor duque! sé quien es,
y sabe usted quien yo soy:
lazo que plazca á mi orgullo
no es posible entre los dos.

EDUAR. Pues me conoces, tu mente
mal consecuencia sacó
de circunstancia que presta
disculpa y fuerza á mi amor.
Hombres que estan á mi altura
dominan á la opinion,
y desde el polvo pudieran
alzar, prestando esplendor,
al objeto á quien declaran
digno de su alta region.

NATAL. Señor duque...
(Aparte.)
No se finje
con ese tono, esa voz.

EDUAR. Suspende el cumplir tu empeño...
retarda la odiosa union...
¡nada mas pido á tus plantas!

NATAL. Pero...

EDUAR. ¡Natalia!

NATAL. Rumor

oigo de pasos...
EDUAR. ¿Prometes?..
NATAL. ¡Alcese usted!.. ¡llegan!
EDUAR. ¡No!
respóndeme antes.
NATAL. Mas tarde.
EDUAR. Las diez señala el relój.
NATAL. Antes de las dos, lo juro,
tendrá usted contestacion.
EDUAR. *(Besando su mano.)*
En esta mi suerte dejo.
¡Adios!
NATAL. Señor duque, adios.

ESCENA VIII.

NATALIA.—*Despues* LUISA.

NATAL. *(Mirando hácia el lado por donde viene Luisa, despues de un momento de agitado silencio.)*
¡Es Luisa!.. ¡cuánta pureza
se pinta en ese semblante!
No hay encanto semejante
al de su casta belleza.
Hora que ya no me irrita
su condicion de hembra honrada,
la amo, y quiero ser amada
por esa vírgen bendita.
LUISA. *(Al entrar, y retrocediendo al ver á Natalia.)*
¡Ah!.. perdon... entré creyendo
que aquí estaba... nadie!.. salgo.
NATAL. ¿Luisita, tan poco valgo
que al verme se aleja huyendo
sin dispensarme un saludo?
LUISA. Señora...
NATAL. Al afecto mio
¿por qué responde un desvío
tan continuado y ceñudo?
LUISA. ¿Al afecto de usted?
NATAL. Sí.
¿Ignora usted que la quiero?

LUISA. Si ese cariño es sincero
me hace muy ingrata á mí.
NATAL. ¿Por qué usted como enemiga
me juzga en su ceguedad?..
LUISA. No; sino... porque... en verdad
yo no sé como lo diga.
NATAL. Hable usted; sin turbacion.
LUISA. Aunque al sincero querer
es justo corresponder,
no se manda al corazon.
NATAL. Mas para que el suyo sea
tan poco inclinado á amarme,
muy mal debe de juzgarme...
tiene de mí falsa idea.
LUISA. Yo no acostumbro juzgar
á nadie... pero... he sabido...
lo que ha escuchado mi oido
anhela mi alma olvidar.
Así, señora, cortemos
esta inútil conferencia;
no agrave con su presencia
de mi dolor los estremos.
(En ademan de irse.)
NATAL. ¡Aguarde usted!.. ¡se lo ruego!
si esta plática es amarga,
es necesaria, y mas larga
la ha menester mi sosiego.
Usted, Luisa, me condena
con sobrada rigidez.
LUISA. Señora, no soy su juez.
NATAL. ¡Mas sin rubor y sin pena
no aceptará el ser mi hija!
LUISA. ¡Ah! no mas!.. por compasion.
NATAL. Acaso juzga baldon
el que su padre me elija.
LUISA. ¡Basta!
NATAL. ¡Es verdad!.. no me cupo
como á usted suerte envidiable...
Fuí desgraciada y culpable.
LUISA. De investigar no me ocupo
de su vida los secretos,
ni comprenderlos quisiera.
NATAL. Difícil á usted le fuera,

mas no desdenes, respeto
rindiera á mi desventura,
si alcanzára á comprender
el alma de esta mujer
esa alma de vírgen pura.
¿Pero cómo lo alcanzára
si en su ignorancia feliz
ni aun la sombra de un desliz
nunca por sí sospechara?
¿Como hundirse en tanto horror
usted, que ha visto en la cuna
sonreirle á la fortuna,
y custodiarla al honor?
¿Usted, que en su juventud,
niña mimada y querida,
encuentra dulce la vida
y natural la virtud?..
¡Ah! ¡no, Luisa!.. usted no alcanza
lo que en acerba vigilia
á una infeliz sin familia,
sin sosten, sin esperanza,
llega á decirle al oido
la miseria inmunda y fea...
¡Usted no alcanza qué sea
el honor por pan vendido!

LUISA. ¡No! ¡no señora!—Aunque el cielo
pruebas tan rudas me escusa,
sé que á ninguna rehusa
inspiracion y consuelo.
Sé que el padre universal
oye á toda voz doliente,
y tentacion no consiente
que haga necesario el mal;
pues aunque falte tal vez
recta justicia aquí abajo,
ni el pan se niega al trabajo,
ni el mérito á la honradez.
Sé, en fin, que un ánimo fuerte
en la desdicha mayor,
prefiere al pan el honor,
y antes que el crímen la muerte!

NATAL. ¿Y es posible en la mujer
un esfuerzo tan viril,

y el no alcanzarlo hace vil
al que llaman frágil ser?
¿Hay razon, hay rectitud
en ese contrasentido?..
Si al nombrarnos no han mentido,
que no nos pidan virtud.

LUISA. ¿Por qué no, si la estructura
que nos dió naturaleza
no impone al alma flaqueza
ni le sirve de atadura?
¿Si el bello y santo pudor
que nos defiende y sujeta,
la misma fuerza respeta,
y proteje el mismo amor?

NATAL. ¿Mas la que débil sucumbe
no obtiene ni aun compasion?

LUISA. El dar ó negar perdon
no es fallo que á mí me incumbe;
pero confieso en verdad
que á la que sin honra vive,
mi corazon no concibe
digna de noble piedad.

NATAL. ¡Hé aquí la voz de los buenos!
¡la clemencia de los justos!..
Guardan sus fueros augustos;
todo lo demas ès menos.
En su fria escelsitud
no oyen ni el eco del llanto
de arrepentimiento santo,
que atiende Dios!

LUISA. La virtud
es templo vasto, á mi juicio,
cuya angosta y sacra puerta
para todos está abierta,
girando sobre alto quicio.
Pero es muy cierto tambien
que el que allí dá un resbalon
desciende un solo escalon,
y al ascender halla cien!

NATAL. ¿Y tú, que fiera me humillas,
me niegas el vuelo alzar!..

LUISA. ¡Quién ha corrido al bajar
debe subir de rodillas!

NATAL. ¡De rodillas!.. ¡no!.. ¡jamás!
¡raza de séres dichosos,
no os mostreis tan orgullosos
creyendo que valeis mas;
pues dareis cuenta al Señor
de esas almas que al abismo
devolvió vuestro egoismo,
sordos al santo dolor!

LUISA. En el dolor no hay despecho,
su fuerza está en su humildad,
pues solo pide piedad
dándose golpes de pecho;
y así, con llanto profundo,
es como obtiene su anhelo
misericordia en el cielo,
y estimacion en el mundo.

NATAL. *(Fuera de sí.)*
Yo doy á esa voz el precio
que de un insecto al murmullo;
y vuelvo orgullo al orgullo;
y doy desprecio al desprecio!
¡Sal!... y jamás, niña impía,
tu aliento corra en mi ambiente!

LUISA. *(Con dignidad.)*
Señora, hay muro imponente
entre su esfera y la mia. *(Se vá.)*

ESCENA IX.

NATALIA.

¡Oh! qué vil humillacion!..
Cuanto aquel hombre decia
ensalzando el alma mia,
¿era verdad ó irrision?...
¿Miente Luisa, ó él mentia?
Si huir del mal determino
¿es nuevo mal el que intente
conquistar noble destino?
¿Para encontrar un camino
me he de postrar penitente?

¿Y es anhelo justo y bueno
que ese mundo, que al delito
tolera de àudacia lleno,
quiera pisarlo en el cieno
cuando lo encuentra contrito?...
¡Jamás! jamás!... mi altivez
no ha de ser nunca abatida...
solo estoy arrepentida
de haberlo estado una vez.
¡Torne á su curso mi vida!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

CÁRLOS.—CRIADO.

(*Ambos en una de las puertas del fondo, pugnando el primero por entrar y el otro deteniéndole.*)

CARLOS. ¿Mas qué temes, mentecato,
si están todos en la mesa?
CRIADO. La órden del amo...
CARLOS. Cumpliste
en defender esta puerta:
mas ya ves... yo te la gano
vencedor de la contienda.
(*Entra.*)
CRIADO. ¡Ay señorito! si sabe
su señor tio...
CARLOS. No temas;
que durará la comida
mucho mas que mi presencia
en este sitio.
CRIADO. Con todo...
CARLOS. ¡Eh! no me enfades.—¡Despeja!

CRIADO. *(Aparte al salir.)*
Cual hijo ha estado en la casa,
¿qué medio de echarle fuera?
(*Se vá.*)

CARLOS. Segun Eduardo me ha dicho,
pretestando una jaqueca
su cuarto guarda Luisita,
y prevenida me espera.
Haré la seña.
(*Dá dos palmadas.*)
¡Qué siglos
se le hacen á mi impaciencia
los minutos!—¡Ah! ya viene.

ESCENA II.

CARLOS.—LUISA.

LUISA. ¡Cárlos!

CARLOS. ¡Mi amor!

LUISA. ¿Quién creyera
antes de ayer, que á escondidas,
y como culpable inquieta,
para ver Luisa á su Cárlos
solo un momento tuviera!

CARLOS. Y gracias á Eduardo.

LUISA. Solo
por saber cuanto la aprueba,
á esta accion pude animarme.

CARLOS. ¡Qué! ¿tendrías fortaleza
para pasar todo un dia
sin verme?

LUISA. No... por la reja...

CARLOS. ¡Qué reja!... teniendo yo
tanto que decirte...

LUISA. Empieza...

CARLOS. ¡Vaya!.. ¿es cosa de un minuto,
ni de cien?..

LUISA. Pues date priesa...
¿Qué es, Cárlos?

CARLOS. Es... por supuesto...
nada en resumidas cuentas.
Es decir, ¡todo! mas nada
que por tí misma no sepas.
Que te adoro; que padezco
diez mil millones de penas,
y que estoy dado al demonio
á mi tio, á su sirena,
y al marqués de Iztacpalapa,
y á toda la raza azteca.
LUISA. Mas ya sabrás por Eduardo...
CARLOS. Sí... sí... pero no sosiegan
mis positivos temores
sus esperanzas inciertas.
Lo indudable es que tu padre
conoce á la aventurera,
y sin embargo persiste
siempre constante en su idea.
LUISA. Es cierto; pero...
CARLOS. Casado
don Julian, ¿qué arbitrio resta
para nosotros?
LUISA. Ninguno;
mas que cumplir la paterna
voluntad.
CARLOS. ¿Cumplirla?... y quién
cumplirá entonces la nuestra?
Mi padre dice que el sabio,
aunque á los otros respeta,
sabe pasarse sin ellos.
Pues bien: nos viene de perlas
la máxima: nos pasamos
sin los viejos.
LUISA. ¡Qué demencia!
CARLOS. No seremos los primeros...
LUISA. ¿Revelarnos?..
CARLOS. Poco cuesta.
LUISA. Padre es hombre que jamás
te perdonara.
CARLOS. ¡Paciencia!
Yo soy hombre de no darme
por ello maldita pena.
LUISA. Hablas, primo, como un loco.

CARLOS. Hablo... como quien alberga
la mas ardiente pasion
por la mas pura belleza!
LUISA. Tengo en Eduardo esperanza:
su brio y calma me alientan.
Él no se dá por vencido,
antes bien...
CARLOS. Alguien se acerca.
LUISA. ¡Ay Dios!.. ¡huye!
CARLOS. *(Que mira adentro.)*
¡Bah! si es él.

ESCENA III.

Los mismos.—EDUARDO.

EDUAR. Soy yo; sí: los otros quedan
en plática entretenida,
y yo vengo en busca vuestra.
LUISA. De la boda de papá
tratábamos.
CARLOS. Luisa piensa
que aguardas ver todavía
triunfante tu estratagema.
LUISA. Cárlos del éxito duda.
CARLOS. *(A Eduardo.)*
¿Y tú?...
EDUAR. Le doy por respuesta
á tus dudas, que es preciso
que cuando la noche estienda
su negro manto, un carruaje
con muy buen tiro, me tengas
del jardin junto á las tapias.
CARLOS. ¡Carruaje!..
EDUAR. Que correr pueda
toda la noche.
LUISA. ¡Ah! ¿te vás?
EDUAR. Me la robo.
CARLOS. ¿A quién?
EDUAR. A ella.
LUISA. ¡A Natalia!..

EDUAR. Así lo espero.
CARLOS. Mas ¿cómo?.. ¿ha de ser por fuerza?
EDUAR. ¡Oh! ¡no! rapto voluntario.
LUISA. ¿Pero es posible?.. ¿se presta
ella á dejarse robar?
EDUAR. Oso esperar que así sea.
(*A Luisa.*)
Tu llegada en el momento
de la decision suprema,
rompiendo un dulce coloquio
dejó mi dicha incompleta;
pero de esplicarse hoy mismo
Natalia me hizo promesa.
CARLOS. ¿Y eso es todo?
EDUAR. ¿Te parece
poco?
CARLOS. No; pero quisiera
que hubiese mas.
EDUAR. Pues mas hay.
LUISA. Di qué.
EDUAR. Su hermano en la mesa
me ha mirado muchas veces
con aire de inteligencia ,
de satisfaccion. Creyendo
que sus miradas y muecas
aun pudieran provenir
de un resto de borrachera,
les presté poca atencion
al principio, hasta que envuelta
en su pañuelo, una carta
me dejó ver, y por señas
muy terminantes me ha dicho
que á solas dármela anhela.
CARLOS. Y tú presumes?...
EDUAR. Yo tengo
no presunciones; certeza,
de que la carta me anuncia
que está pronto á ser duquesa
nuestra adorable ex-madrastra,
y que ferviente me ruega
la liberte lo mas pronto
del empeño que le pesa.
CARLOS. ¿Y tú en ese caso...

EDUAR. Yo
puesto á los piés de mi bella,
la pregunto jubiloso
qué dicta, qué me aconseja
para salir del apuro,
sin que al viejo que me hospeda
le haya de dar cara á cara
de su desdicha la prueba.
Es cosa muy natural
que, aunque el amor me enloquezca,
de mi conducta culpable
me agite oculta vergüenza...

CARLOS. La fuga precipitada
de todo enojo os liberta.

EDUAR. Justamente. Dios mediante
así el negocio se arregla,
y partimos muy gozosos.

CARLOS. Mas ¿adónde te la llevas?

EDUAR. A mis estados, sin duda:
pero no obstante, hago cuenta
de abdicar en el camino.

CARLOS. Por asistir á esa escena
con gusto un dedo daria.

LUISA. Repugnancia á mí me cuesta
que á tal estremo se lleve
su humillacion. De su letra
será la carta en que admita
tus seductoras ofertas,
y con mostrársela á padre
su ceguedad conociera.

EDUAR. Lo negro le hace ver blanco
esa intrigante maestra,
y mientras su lado goce
nada habrá que le convenza.
¡Llevármela! este es el medio
de salvacion que nos resta.

CARLOS. ¡Eh pues, manos á la obra:
yo corro á...

LUISA. ¡Cómo! ¿me dejas
tan pronto? ¿No dice Eduardo
que no hay miedo de que vengan
todavia?

CARLOS. Pero el coche...

EDUAR. ¡Hombre! no es tanta la urgencia:
eres asaz perentorio.
CARLOS. ¡Ah! no lo estrañes: me asedian
temores los mas atroces.
¡Si tú comprender pudieras
lo que es amar, y encontrarse
por tiránica sentencia
privado de la esperanza
que mas que él vivir se aprecia!..
LUISA. ¡Ya ves!.. aun niños los dos,
y aun sin saber que existiera
el amor, ya nuestras almas
se unieron, con tal firmeza
que existir una sin otra
jamás posible creyeran.
CARLOS. Y despues del fausto dia
en que supimos... ¿te acuerdas,
Luisa? Los dos regresábamos
de la mas próxima iglesia,
donde á la misa de doce
asistimos, cuando en esta
sala en que estamos, turbada
la voz por emocion tierna,
nuestros padres pronunciaron,
enlazando nuestras diestras,
aquellas dulces palabras
que aquí se guardan impresas.
(Llevándose una mano al corazon.)
LUISA. Sí; ni una sílaba olvido.
«Hijos, dijeron, se estrechan
con nuevos vínculos puros
los que os dió naturaleza.»
CARLOS. «Como has sido hija amorosa
sé esposa sumisa y buena:»
te dijo tio.
LUISA. Y tu padre:
»Amala, dijo, protégela,
y sé tú su primer guia
de la virtud por la senda.»
CARLOS. ¡Qué dia aquel!... ¡el sol mismo,
tomando parte en la fiesta,
brillaba con mayor pompa
en mas espléndida esfera!

LUISA. Era que la luz divina
de nuestra ventura inmensa
en todo se reflejaba
embelleciendo á la tierra!
CARLOS. Y cuando á vernos volvimos,
¡oh Luisa!... por vez primera,
te amo... digeron tus labios,
y torpe y muda mi lengua,
con lágrimas deliciosas
solo pude dar respuesta.
LUISA. ¡Qué recuerdo!
CARLOS. ¡Qué esperanza!
LUISA. ¿Quién desunirnos pudiera?
CARLOS. *(Asiendo su mano.)*
El porvenir, lo pasado,
nos unen con igual fuerza!
LUISA. Y todo nos es comun
desde la cuna á la huesa!
FIVAR. ¡Maldito el primer instante
en que loca mi alma y ciega,
por seguir vanos fantasmas
la dicha huyó verdadera!
CARLOS. ¿Qué dices?
EDUAR. Al escucharos
conozco que aun está abierta
la herida... y siento lo grande
de mi irreparable pérdida.
¡Oh Carlos! El libertino
por vil cieno el oro trueca,
y despues de que lo arroja,
de que no hay oro se queja!
LUISA. Hermano...
EDUAR. Ni el puro amor,
ni las delicias domésticas,
ni de padre el santo nombre
caben, ¡ay! en su alma seca,
sepulcro vivo que guarda
solo memorias infectas.
Pero al mirar, hijos mios,
al respirar la inocencia
de vuestros castos amores...
CARLOS. ¡Silencio! el ex-marqués llega.
LUISA. ¡Corro á mi cuarto! *(Lo hace.)*

EDUAR. (*A Cárlos.*)
Tú vete!
CARLOS. Del jardinillo á la puerta
estará el coche.
EDUAR. A las ocho.
CARLOS. Sin falta.
EDUAR. Sal con presteza.

ESCENA IV.

EDUARDO.—MARQUÉS.

MARQ. Por fin me pude escapar,
señor duque, y logro hallarle
solo aquí.
EDUAR. Por esperarle
vine...
MARQ. Pues sin mas tardar
en pueriles cumplimientos,
le alargo, señor, mi mano
lleno de gozo, y ufano...
EDUAR. Bien: no perdamos momentos
tan preciosos. Si cual creo
usted me trae...
MARQ. Esta carta.
EDUAR. *(Tomándola.)*
¡Sellada!
MARQ. Jamás se aparta,
aunque yo sea el correo,
Natalia de esa costumbre;
pero sé su contenido.
EDUAR. (*Abriendo la carta.*)
Que ha de dejarme sumido
en el dolor, ó en la cumbre
de la mayor dicha humana.
MARQ. Yo lo segundo le anuncio,
y con orgullo pronuncio...
mejor lo dirá mi hermana.
(Saluda y se va.)

ESCENA V.

EDUARDO.—*Luego*, LUISA.

EDUAR. Veamos con qué candor
la hermosa Natalia espresa,
que se aviene á ser duquesa
por desinterés de amor.
(*Lee para sí.*)
LUISA. (*Asomándose á la puerta por donde salió antes.*)
Ya está solo: ese papel
es de ella sin duda.
EDUAR. (*Con asombro.*)
¡Dios!
LUISA. (*Aparte.*)
Aunque se marchen los dos
bien pronto volverá él;
y apenarme es desvarío.
Mas qué turbado parece...
dudo llegar... se enfurece...
EDUAR. (*Que despues de arrugar el papel entre sus manos lo arroja con cólera.*)
¡Maldicion!
LUISA. (*Corriendo á él.*)
¡Hermano mio!
EDUAR. ¡Esa mujer!... no desprecio;
ódio la tengo... ódio atroz!
LUISA. ¡Ah! baja un poco la voz:
estás hablando muy récio.
EDUAR. (*Paseándose con gran desconcierto y agitacion.*)
¿Qué me importa?... no creia
que en mi muerto corazon
aun cupiese una pasion
cual el ódio, y este dia,
este momento me prueba
que aun me sobra sangre aquí.
(*Golpeándose el pecho.*)
LUISA. ¿Pero qué pasa?...
EDUAR. No... sí...
LUISA. ¿Ocurre desgracia nueva?

EDUAR. (*Como respondiendo á su propio pensamiento.*)
¡No es cierto!... Dios no consiente
que alberguen pechos viciosos
sentimientos generosos...
Mas la mentira insolente
¿por qué puede imitar tanto
á la verdad?... ¿Por qué engaña
de tal modo?... ¡esto me ensaña...!

LUISA. (*Aparte.*)
¡Temblando estoy, cielo santo!
(*Levantando el papel que desarruga y lee.*)
Este escrito me dirá...
es de ella; duda no queda;
y como entenderlo pueda...

EDUAR. (*Aparte.*)
¡Todo se ha perdido ya!
(*Se deja caer en un sillon.*)

LUISA. (*Leyendo.*)
«Si es cierto que un amor loco
»hoy le inspira el pensamiento
»de alzarme á ducal asiento,
»teniendo su honor en poco;
»yo, que en mucho estimo ahora
»recobrar el mio altivo,
»y mostrar que fué nativo
»en la que ausente lo llora,
»quiero tener la virtud
»de dominar mi ambicion,
»y acaso mi inclinacion,
»por deber de gratitud.
»Quiero premiar la ternura
»constante de un noble anciano;
»quiero, en fin, darle una mano
»generosa, sino pura.»

EDUAR. (*Levantándose colérico.*)
¡Oh hipócrita!...
(*A Luisa.*)
¡Ya estás viendo...
Se pasma la inteligencia
de que alcance esa apariencia...
No es mujer... es mónstruo horrendo!

LUISA. ¡Cielos!... qué exaltado está!

EDUAR. ¡Véte, niña!... el matrimonio,

aunque lo quiera el demonio,
no se ha de hacer; no se hará!

LUISA. Si aplacas tu furor ciego...

EDUAR. *(Con risa forzada.)*
¿Furor?.. ¡bah!.. si yo me rio...

LUISA. Te dejo; pero confio
que entrarás á hablarme luego.

ESCENA VI.

EDUARDO.

¿Casarse ella con mi padre?...
¡Con mi padre!... aunque otro fuera
el que esa infame eligiera,
no hay ninguno que me cuadre.
No quiero que el nombre lleve
de esposa el ser que aborrezco...
(Pausa.)
¡Es cosa estraña!... merezco
tan poco, que así se atreve
aun creyéndome magnate
á despreciarme?... en verdad
que á tener yo vanidad...
pero que!... ¡qué disparate!
Y á fé que no entiendo bien
cuando habla de su ambicion
aquello de *inclinacion*
que sacrifica tambien...
¡Inclinacion!... no!... ninguna
cabe en su pecho marchito...
¿Pero á qué viene en su escrito
esa frase inoportuna?...

ESCENA VII.

EDUARDO.—DON JULIAN.—*Despues* NATALIA.

JULIAN. Caballero... un favor vengo
á pedirle á su amistad.

EDUAR. *(Aparte.)*
(¡A buen tiempo!)
Señor mio
usted me puede mandar.

JULIAN. *(Con acento de soflama.)*
Pues honra mi humilde casa
y voy la antorcha nupcial
segunda vez á encender,
de acompañarme al altar
como padrino, le ruego
me haga el favor.

EDUAR. *(Aparte.)*
¡Voto á!...

JULIAN. A usted traté con desvío
esta mañana, es verdad;
porque pensé que insensato
mi eleccion tomaba á mal,
pero despues de que consta
lo bien que sabe apreciar
las preciosas cualidades
de mi futura mitad,
es mi deber...

EDUAR. ¡Qué!... Natalia?...

JULIAN. Me ha dicho de pé á pá
la ardiente declaracion
que aquí le oyó pronunciar,
y que rinde testimonio
del mérito sin igual
que en ella descubre usted
con su buen juicio.

EDUAR. *(Aparte.)*
¡Esto mas!

JULIAN. La dicha que ese incidente
agrega á mi dicha, es tal
que si otra Natalia hubiera
y yo la pudiera dar,
á usted se la ofreceria
con regocijo cordial.

EDUAR. Señor...

JULIAN. Si insana pasion
le hizo un momento faltar
á las leyes sacrosantas
de honor, de hospitalidad;

grande castigo ha tenido
al ver su rango ducal
desairado, y yo perdono
culpa que purgada está,
y que prueba la escelencia
de mi adorada beldad.
¡Ahora critíqueme el mundo!

EDUAR. Señor; fuera criminal
si dilatára el sacarle
de su error.

JULIAN. ¿Mi error?

EDUAR. Sí; ya
inútil es la cautela
que me era penosa asaz.
Yo no amo, no, que aborrezco
á esa intrigante fatal
que plaza de esposa digna
quiere en el mundo usurpar.
La pasion que le he mostrado,
y que desdeña sagaz,
era plausible artificio
con el cual pensé evitar
la deshonra de esta casa,
que usted pretende tenaz.

JULIAN. ¡Basta de embustes groseros
que harto patentes están!
¿No era bastante que falso
quisiera á mi alma robar
la prenda que mas estima,
sino que intenta, además,
vengarse de su desprecio
con ultrajarla procaz?

EDUAR. Juro á usted...

JULIAN. ¡No, señor duque!
su conducta es infernal.

EDUAR. Usted se empeña en perderse
rechazando suspicaz
al que intenta del abismo
separarle por piedad.

JULIAN. ¡Ya es demasiado! no puedo
tal lenguaje tolerar.
¡Me debe satisfaccion!

EDUAR. Delira usted, don Julian.

Calme su ciego arrebato.

JULIAN. ¿Soy un imberbe rapaz,
ó un viejo enclenque?.. me juzga
flaco adversario quizá?

EDUAR. *(En ademan de irse.)*
Me retiro... es lo mas cuerdo.

JULIAN. *(Siguiéndole.)*
Y yo diré á la ciudad
toda, que es usted cobarde!

EDUAR. ¡Padre!...

JULIAN. ¿Padre?..

EDUAR. Dicho está.
(Natalia aparece en este instante sin ser vista de los interlocutores de la escena.)
Eduardo soy, padre mio.

JULIAN. ¡Cómo!.. ¡Mi hijo!.. ¡mi hijo!..

NATAL. *(Aparte.)*
¡Ah!!

EDUAR. Pensé mis culpas pasadas
de algun modo reparar,
evitando un error triste
á su noble ancianidad.

JULIAN. Y al seno de tu familia
¿á qué venir con disfraz?

NATAL. *(Adelantándose.)*
¿Aun no lo comprende usted!

JULIAN. ¡Natalia!

EDUAR. *(Aparte.)*
Me hace temblar
de cólera solo el verla.

NATAL. El ardid no ha sido mal
aplicado, aunque no es nuevo.

JULIAN. ¡Cómo!...

NATAL. Sí; quiso probar
mi virtud, que creyó acaso
tan frágil como el cristal.

JULIAN. *(A Eduardo.)*
¿Con que tu loca intencion?..

NATAL. Las gracias le debe dar,
y yo tambien.

EDUAR. *(Aparte.)*
¡La matára!

NATAL. Pensaba su amor filial

prestarle á usted gran servició
mostrando mi indignidad.
JULIAN. ¿Y qué derecho le asiste
para quererse mezclar
en lo que hace, bueno ó malo,
su padre? ¿La liviandad
de tu vida licenciosa
has olvidado, hijo audaz,
y en vez de entrar suplicante
quieres como juez entrar?
EDUAR. ¡Basta, señor!
NATAL. Basta; sí:
su intencion juzgo leal,
y los pasados errores
no es tiempo de recordar.
Pues en la prueba que ha hecho
ya, señor, claro verá
que no es lo que presumia
la que vá el nombre á llevar
de su familía, yo espero
merecerle á su equidad
concepto mas ventajoso;
y lo sabré conservar.
¡Perdon, pues! cual padre tierno
déle el ósculo de paz,
y despues de larga ausencia
en su patria y en su hogar
no encuentre el noble viajero
sino afecto y amistad.
JULIAN. Si tú te empeñas... si tienes
por disculparlo ese afan...
No hubo padre mas amante
ni con mas debilidad
para con un hijo ingrato...
(*Conmovido.*)
EDUAR. Señor...
JULIAN. No lo negarás.
Pero tu odiosa conducta...
en fin; no soy pertinaz
en mi enojo.
(*A Natalia.*)
Yo suscribo
á lo que ambos decidais...

NATAL. ¡Gracias!
EDUAR. (*Aparte.*)
¡Hipócrita infame!
JULIAN. (*Aparte.*)
Si no huyo rompo á llorar,
y lo abrazo como un loco
faltando á mi dignidad.
(*Se vá.*)

ESCENA VIII.

EDUARDO.—NATALIA.

(*Esta última acompaña á don Julian hasta la puerta y vuelve al lado de Eduardo cuando pierde de vista al otro.*)

NATAL. Ya ha visto usted mi venganza,
señor capitan, y creo
que si le engañó el deseo
y le burló la esperanza
de hacerme víctima triste
de su profunda falacia,
no reputará desgracia
su derrota, pues le asiste
el consuelo de saber
que no es su padre tan loco
como pensaba hace poco
al tomarme por mujer.
EDUAR. En efecto; usté ha escedido
con la suya mi malicia...
hago á su ingenio justicia
y me declaro vencido.
Sostuvo cual grande actriz
su papel, y erré en el mio;
mas guárdese; pues le fio
que si cae en un desliz,
puede encontrarse despues
que el vencido en la comedia
sabe elevarla á trajedia,
antes que verla entremes.

NATAL. No es la amenaza oportuna
y es falsa la acusacion;
cómica ó no su ficcion,
en mí no ha habido ninguna.
No hábil, sincera, señor,
mostré desnuda mi alma,
y solo alcanzo la palma
porque es mi causa mejor.
Prenderse en sus mismos lazos
del artificio es destino...
la verdad sigue un camino
que no presenta embarazos.

EDUAR. ¡La verdad!... ¿y usted la invoca?
¿Usted, cortesana impura,
que amor á un viejo le jura,
por lograr su intencion loca?
¿Usted, que en pecho de cieno
nobleza finge abrigar,
y vierte miel al hablar
guardando en su alma veneno?
¿Usted que...

NATAL. ¡Basta!.. de mí
piense usted lo que le cuadre,
mas no olvide que á su madre
voy á reemplazar aquí.

EDUAR. ¡Tú á mi madre reemplazar!
¡Tú que á tu sexo mancillas!
¡De rodillas!.. ¡de rodillas
aquella santa al nombrar!

NATAL. (*Amedrentada.*)
¡Señor!.. recobre su juicio...
recuerde que habla á una dama.

EDUAR. ¡Miente quien así te llama,
pues no tiene sexo el vicio!

NATAL. No es noble quien hace alarde
de humillar á debil ser.

EDUAR. ¡No es la impúdica mujer,
como no es hombre el cobarde!

NATAL. (*Aparte.*)
Yo tiemblo...

EDUAR. Sin el pudor,
que renunció tu locura,
despreciable es la hermosura

cual la fuerza sin valor;
y en tu aislamiento profundo
de los afectos humanos,
no hallas en la tierra herman(
ni derechos en el mundo.
En balde por recobrar
la dignidad que abjuraste
no hay obstáculo que baste
tu febril ánsia á calmar,
y te gozas invadiendo,
presa de afan temerario,
de la familia el santuario,
en él discordia vertiendo,
pues sientes despues de todo
con impotente despecho,
que está la muerte en tu pecho,
y está tu nombre en el lodo!

NATAL. ¡Piedad!...

EDUAR. ¿La tienes acaso
del triste anciano que engañas,
y cuyo blason empañas,
que no era de lustre escaso?
¿La tienes tú, ¡desdichada!
de la pobre niña amante
que ha perdido en un instante
la esperanza inmaculada
de su amor único y tierno?
¿La tienes de mí, que ansioso
de paz y dulce reposo,
vuelvo al santo hogar paterno
y lo encuentro envilecido?...
No, mónstruo; no compasion
sino ódio y execracion
es lo que me has merecido!
Y sabe que impunemente
no cantarás la victoria
en que ha fundado su gloria
tu ambicion, vana y demente.
¡Que en esa cámara austera
donde mi madre espiró,
no has de entrar viviendo yo,
miserable aventurera;
pues si del brazo divino

tarda la justicia santa,
yo, ¡víbora! con mi planta
te aplastaré en tu camino!
(Eduardo hace un movimiento hácia Natalia, y ella cae de rodillas.)

NATAL. ¡Ah! ¡perdon!

ESCENA IX.

Los mismos.—MARQUÉS.

MARQ. ¡Qué veo!... ¡hermana!...
EDUAR. *(Aparte.)*
¡Bien! ¡blanco tienen mis iras!
NATAL. *(Al Marqués que la ha levantado.)*
¡Su triunfo y mi pena miras!
¡Sáciese tu alma inhumana
que de los bienes del cielo
me dejó desposeida,
y sin amor en la vida,
y sin amparo en el suelo!
¡Sáciese tu alma infernal,
que en la infamia se recrea,
y maldita tu obra sea,
vil consejero del mal!
EDUAR. ¡Desgraciada!...
MARQ. ¿Verdadero
es, pues, el fraude que cuentan?..
¿Te engañaban y te afrentan?..
¡Responda usted, caballero!
¿Es cierto que es usté Eduardo,
no duque, como decia,
y que la intencion traia...
EDUAR. *(Sin dejarle acabar.)*
Mucho en decírsela tardo,
pero esplícito he de ser:
vine á arrojarle á usted fuera...
(Le señala la puerta con ademan imperioso.)
y lo haré de otra manera
si tarda en obedecer.
MARQ. ¡A mi!...

NATAL. ¡Partamos!

MARQ. ¡A mí!

EDUAR. ¡A usted, que saldrá al momento!

NATAL. Pronto; sí... morir me siento.

MARQ. No es usted quien manda aquí.

NATAL. ¡Ah!...

EDUAR. Con derechos ó no
sé cumplir lo que prometo.

MARQ. Pues á cumplirlo le reto.

EDUAR. Por esto comienzo yo.
(*Le da una bofetada.*)

NATAL. ¡Cielos!

MARQ. ¡Traidor!... este ultraje
con sangre se ha de lavar!

EDUAR. La tuya se ha de agotar
primero que mi coraje.
¡A fuera!

MARQ. ¡Sin dilacion!
(*Sale: Eduardo vá á seguirle y le detiene Natalia.*)

NATAL. ¡Ah!... mire usté que es muy diestro.

EDUAR. Yo anhelaba hallar maestro.
Suelte usted!

NATAL. (*Que persiste en detenerle.*)
¡Por compasion!
Es un malvado tambien...
¡no quiera usted rebajarse!

EDUAR. (*Soltándose.*)
Al malo debe matarse
que no á los hombres de bien!
(*Se vá.*)

ESCENA X.

NATALIA.

¡Infeliz!... sucumbirá
no al valor, á la destreza...
¡y sobre mí, en mi cabeza
su noble sangre caerá!
¡No! yo no debo... no quiero!

de entrambos correré en pos...
lo salvaré... mas ¡oh Dios!
las fuerzas me faltan... muero!
(*Cae desplomada en un sillon.*)

ESCENA XI.

NATALIA.—LUISA. (1)

LUISA. Rumor de voces oí...
(*Al verla.*)
¡Natalia!...
LUISA. ¡Ah Luisa!... le ruego...
no me huya en su enojo ciego...
LUISA. (*Accrcándosele.*)
¿Padece usted?
NATAL. ¡Mucho!... ¡sí!...
LUISA. ¡Qué trémula está su voz!
(*A ella con dulzura.*)
¿Qué tiene? ¿qué quiere usted?
NATAL. Que me otorgue la merced
de correr pronto, veloz,
á avisarle á don Julian,
porque yo me esfuerzo en vano.
LUISA. ¿Pero qué?...
NATAL. ¡Luisa! su hermano
y el mio á batirse van.
LUISA. ¡Qué escucho!.. ¡Cielos! ¡Tú eres
la causa de tanto mal!
Tú sola, mujer fatal!
NATAL. ¡Sí! ¡maldíceme si quieres!
LUISA. ¡Eduardo!
NATAL. Víctima triste
será ¡oh Luisa! el temerario,
porque á su diestro adversario
ningun esfuerzo resiste!

(1) Toda esta escena fué suprimida en la representacion. por exigirlo asi la conveniencia escénica, y la autora, aunque conserva dicha escena en la impresion, ha creido necesaria esta advertencia.

LUISA. ¡Justo Dios!

NATAL. *(Con desesperacion.)*
¡Lo vá á matar!

LUISA. ¡Ah!...

NATAL. ¡Vuela sin dilacion!
de un padre la intervencion
lo puede solo salvar!

LUISA. *(Levantando las manos al cielo.)*
¡Oh, ¡Vírgen! Vírgen! propicia
miradme al hermano mio!
¡A vos su guarda confio;
protegedlo, y la justicia
haced terrible lucir
confundiendo maldad tanta!
(Al decir el último verso estiende sus manos hácia Natalia, y sale precipitadamente de la escena.)

NATAL. *(Cayendo de rodillas.)*
¡Escuchadla, Virgen santa!
¡Yo sola debo morir!

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Habitacion de Natalia en casa de don Julian. Entre otros muebles una papelera de la época, con cajones.

ESCENA PRIMERA.

NATALIA.—MARQUES.

(*La primera sentada en un sofá á la izquierda, en actitud profundamente pensativa. El segundo sentado al otro lado, con el brazo derecho suspendido al cuello.*)

MARQ. ¡Pardiez, que le prestas mal
á un enfermo compañia,
y que tu adusto silencio
me enoja mas que mi herida!

NATAL. (*Hablando consigo misma.*)
¡Qué magestad!.. ¡qué grandeza
ostentó fiero á mi vista!

MARQ. ¿Estás rezando?... ¿devota
te haces tambien, gloria mia?

NATAL. (*Levantándose.*)
¡Dí, desdichado! ¿no es cierto
que tu alma torpe, mezquina,
se anonadó á la presencia

de aquella alma grande y digna?
¿Que antes que su noble espada
quedase en tu sangre tinta,
ya ante el poder de sus ojos
tu fuerza estaba rendida?

MARQ. ¿A qué viene ese recuerdo?...
¡á que viene, voto á cribas!...
Yo el discípulo mas hábil
de Cristófano el de Niza,
de quien nadie evitar pudo
la estocada favorita...
yo vencido, desarmado
á la primera batida!
¡Diez mil furias infernales
solo al pensarlo me agitan,
y juro por...

NATAL. *(Con entusiasmo.)*
¡Basta! Verlo
mi loca mente imagina,
bello, erguido, poderoso,
hollando con planta altiva
tu acero vil, sin embargo
de toda tu ciencia antigua,
que ante el valor verdadero
se sintió flaca y vencida.
¡Oh! ¡qué imponente ademan!
¡Cómo en sus miradas brilla
del honor la llama ardiente
dilatando sus pupilas!...
¡Cómo su voz varonil
manda en el alma, y domina
en los sentidos turbados!...
¿Quién hay que á esa voz resista?

MARQ. ¿Estás loca?

NATAL. *(Con exaltacion.)*
¡Lo hallé al fin!

MARQ. A quién? ¿si no es que deliras?

NATAL. ¡Hallo... un hombre!

MARQ. ¿Un hombre?

NATAL. Lo hallo
por vez primera en mi vida!

MARQ. Turlututu... ¿Te ha llegado
tu hora fatal?... ¿es cautiva

tu alma del amor?

NATAL. No sé
qué estraño instinto me guia,
ni qué emocion me avasalla,
ni qué poder me fascina.

MARQ. Te trató mal, que lo adores
no es ¡vive Dios! maravilla.

NATAL. Doblegarse por un dueño
que se respeta y se estima,
me parece en la mujer
flaqueza que no la humilla.
Debe haber no sé qué encanto
en sentirse protegida
por la fuerza que se teme,
por el valor que se admira;
y en su dulce esclavitud
hallarse fuerte una misma.
Debe haber... nuevas ideas
surgen aquí...
(*Tocando su frente.*)
me iluminan
de recónditos afectos
no sé qué ráfagas vivas.

MARQ. ¡Bah! ¡bah! ¡bah! frescos estamos.
Al fin alma femenina.
(*Se levanta.*)
¡Me echo á la calle!... un rasguño
cual este, por mas que diga
mi esculapio, no merece
ni asistencia tan prolija
ni tan continuos cuidados
como aqui se le dedican.
Para hacer de enfermo enclenque
bastan y sobran tres dias;
y harto ha sido retardar
todo este tiempo, hermanita,
tu dichoso casamiento.
Prepárate, pues, y anima
ese semblante donoso
que hoy vierte melancolía.
Presumo que no te aparta
de la boda apetecida
el amorcillo travieso

que hoy te hace guerra imprevista?

NATAL. Déjame... no sé... no alcanzo
ni á comprender lo que dicta
mi propia razon... mi pecho
ni aun á sí mismo se esplica
lo que siente, lo que sufre,
lo que teme y lo que ansía.
¿Mas... qué dudas?... no te ha dicho
don Julian que está su vida
pendiente de este himeneo?
¿Mi palabra no me obliga?...
¿No está mi orgullo empeñado?...
¿Pues siendo asi, quién vacila?
¿quién duda?

MARQ. Mucho me place
que te muestres decidida;
pues ya que fué sueño loco
lo del ducado, ni pizca
de anhelo tengo en turbar
la paz de tu alma contrita,
y me conformo con verte
hidalga, finchada y rica.
Sin duda no has olvidado
tu promesa.—Convertida
que seas en mujer propia,
dejas cual propiedad mia
tus créditos con el banco
de Inglaterra.

NATAL. *(Distraida.)*
Sí.

MARQ. Me firmas...

NATAL. Cuando quieras.—Me parece
que si en negarme se obstina
su aprobacion, nunca mas
á esta su casa nativa
podrá volver.

MARQ. ¿Quién?

NATAL. Eduardo...
De don Julian no declina
el enojo... es testarudo;
temoso cuando se irrita;
y el otro, á fuer de orgulloso,
creyendo tener justicia,

no ha de dar el menor paso
tomando la iniciativa.

MARQ. Cual te conviene, estas puertas
para siempre prohibidas
están para tu enemigo;
y si me casas con Luisa...

NATAL. ¡A tí!... ¡calla, miserable!...

MARQ. Espero hallarte propicia
despues de ser su madrastra,
y á mí el amor no me ostiga:
puedo esperar cuanto quieras.

NATAL. ¡Yo madrastra de esa niña!
y de él tambien!... yo la esposa
de un viejo que sacrifica
las mas santas afecciones
por una pasion ridícula?
¡No; no es posible!

MARQ. ¿Qué dices?

NATAL. ¡Déjame!... ¡déjame!... imitan
á olas de un mar proceloso
mis pensamientos.—No hay fija
ninguna idea en mi mente.

MARQ. Sosegarte necesitas.
Adios.—Piensa que ya es tarde
para acojer niñerias,
y que ese atroz capitan
(á quien Lucifer maldiga)
te desprecia, como á escoria
que mancha el pié que la pisa.
(Se va.)

ESCENA II.

NATALIA.

¡Me desprecia?.. ¡sí! ¡sus ojos
cual sus lábios lo decian!...
¡Me desprecia!.. ¡hay un infierno
en esta palabra impía!
(Rasga el pañuelo que tiene en las manos.)
¡Me desprecia! ¿y yo á sus plantas,

yo, me he visto de rodillas,
recibiendo sus baldones
medrosa, humilde, sumisa?...
¡Oh mengua! ¡Oh mengua espantosa!
¿Te he sufrido, y estoy viva?
¿Te he sufrido, y no me vengo?
¡Te he sufrido!.. ¡y lloro mísera!
(Cae sollozando en el sofá.)

ESCENA III.

NATALIA.—DON JULIAN.—LUISA.

JULIAN. *(A Luisa que le sigue con una carta en la mano.)*
No hay que rogar... es en balde.
Basta ya... no me persigas.
(Con tono suplicante.)
LUISA. Pero, papá, por leer
tan solo las breves líneas
de esta carta...
JULIAN. Es mucha audacia
que el insolente me escriba.
LUISA. Si mis ruegos..
JULIAN. Vete, y pronto
devuélvele su misiva,
supuesto que espera abajo.
LUISA. Con que usted?...
JULIAN. *(Indignado.)*
¿Quién me replica?
NATAL. *(Acercándose vivamente.)*
¿Es de él?.. ¿Es de él?
JULIAN. Lo rechazo:
no receles que me rinda,
Natalia hermosa. Despues
que con disfraz y mentiras
aquí logró introducirse,
trayendo intencion maligna;
despues que osó calumniarte
con su lengua viperina,

y en la sangre de tu hermano
se manchó su diestra indigna;
fuera implorar mi clemencia,
no sumision, osadía,
que arreciára los furores
de mis ya tremendas iras.

NATAL. ¡Señor! ¡en nombre del cielo...

JULIAN. Por la pública vindicta,
por mi honor, por tu decoro,
por la paz de mi familia,
fuerza es ya que estos humbrales
jamás con planta atrevida
vuelva á pisar.

NATAL. ¡No es posible!
Su estrema saña le inspira
un rigor que Dios condena.

JULIAN. La razon lo justifica...

NATAL. Que es padre recuerde usted.

JULIAN. Él de ser hijo se olvida.

NATAL. Si su conducta deplora;
si arrepentido suplica
volver al hogar paterno...

LUISA. No, señora; se resigna
por no verlo profanado
á pasar lejos su vida,
y á que en la tierra natal
no descansen sus cenizas.

NATAL. ¡Ah!

LUISA. Cual hijo, solo ruega
que una postrer entrevista
usted le conceda, padre,
y que en ella le bendiga,
al escuchar de su labio,
triste, eterna despedida.

JULIAN. (*Agitado.*)
¿Eterna?... ¿con que el perverso,
el mónstruo se determina
á huir de mí para siempre?..

LUISA. Su honor así se lo dicta.

NATAL. ¡Por Dios! recíbale usted...
mi corazon vaticina
que todo se arreglará
si viene cual solicita.

LUISA. *(Aparte.)*
¿Será sincero ese voto?
JULIAN. ¡No debo! ¡no!.. me horripila
solo de verle la idea.
NATAL. Cual la del cielo, infinita
es de un padre la bondad.
LUISA. (*Aparte.*)
¡Qué mujer rara! ¡qué enigma!
JULIAN. Si él lo quiere... si á mis fallos
el ingrato se anticipa...
que huya... que me deje...
NATAL. ¡Nunca!
JULIAN. Si su honor en eso estriba...
NATAL. Eso su desgracia hiciera,
y de esta casa la ruina.
JULIAN. En verdad... no niego... en fin,
si tú ordenas que prescinda
de mi justa saña... venga.
NATAL. Ya lo oye usted, señorita;
corra á decirle...
LUISA. Yo espero,
que á esta plática no asistan
testigos, que la espansion
entre hijo y padre repriman.
JULIAN. ¡Eh!... ¿qué?...
NATAL. Me alejo al instante.
LUISA. ¡Gracias!
(Se va.)

ESCENA IV.

NATALIA.—DON JULIAN.

JULIAN. ¡Habrá atrevidilla!
Ya ves, los malos ejemplos
me pervierten á esta chica,
y ya tiene de su hermano
la insolencia y la malicia.
NATAL. De sus disgustos y afectos
tal vez, señor, participa,

y es natural: su indulgencia
alcance á los dos benigna,
y á todo trance, por Dios,
que Eduardo se marche impida.
¡Oh! tan amargo destierro,
siendo yo causa, me haria
odiosa, horrible esa boda,
en que usted su gozo cifra.

JULIAN. ¡Alma noble! tus bondades
mi justa cólera atizan,
pues hacen mas criminal
al vil que te desestima.

NATAL. ¡No! ¡no señor! no merezco...

JULIAN. Mereces mi idolatría.
¡Eres un angel!

NATAL. (*Con agitacion.*)
Sus pasos
son esos... sí... lo adivina
mi corazon...
(*En ademan de irse.*)

JULIAN. ¡No te vayas!

NATAL. ¡Ah! me matara su vista
(*Se va precipitadamente.*)

ESCENA V.

DON JULIAN.—*Despues* EDUARDO.

JULIAN. Escucha...—Miedo le tiene
al loco la pobrecilla.
¡Que se marche!... no hay remedio:
pues es tal la alternativa...
¡Hélo aquí!... calma mostremos...
y váyase... y Dios lo asista.

EDUAR. Señor, vengo á despedirme
de usted.

JULIAN. (*Turbándose.*)
Sí... ya... lo sabia...
digo que... pues... presumia...
(*Aparte.*)
Quiero mantenerme firme.

EDUAR. Que usted me otorgue le ruego
su postrera bendicion.

JULIAN. *(Mas turbado.)*
Con que... sin pedir perdon
te marchas?... ¿ así?... ¿tan ciego?...
¿tan culpable?...

EDUARD. Yo he creido
cumplir sagrados deberes.

JULIAN. Bien... bien... si dejarme quieres...
lo que es yo no te despido.

EDUAR. Como ha quince años seguí
triste el carro funeral
de la madre sin igual
que tan temprano perdí,
hoy con marcha menos lenta
sigo, y con frente enlutada,
su memoria venerada
que de esta casa se ausenta.

JULIAN. Pero... no es eso verdad...
si te pones en razon...
(Aparte.)
¡Maldita mi agitacion!
(Alto.)
Natalia tiene bondad;
mérito; virtud.—Yo espero
que si el marcharte dilatas
y mas despacio la tratas,
la querrás, como la quiero.
Prueba al menos.

EDUAR. *(Estremeciéndose con cierto pavor.)*
¡Padre!.. ¡no!..

JULIAN. ¿Con que nada hay que te venza?

EDUAR. Cuando entra aqui la vergüenza,
es fuerza que salga yo.

JULIAN. ¡Deslenguado!.. ¡vete... vete!
Cuanto mas pronto mejor.

EDUAR. Sí; parto al punto, señor.

JULIAN. No temas que te sugete.
Marcha en paz.

EDUAR. Y usted reciba
sin saña mi último adios.

ESCENA VI.

Los mismos.—LUISA.

LUISA. (*Saliendo presurosa.*)
¡El de los dos!.. ¡de los dos!..
JULIAN. ¡Luisa!..
LUISA. Padre; pues me priva
de dicha el hado tirano,
consienta que en este dia
con la abadesa mi tia
me deje, señor, mi hermano.
JULIAN. ¿Tú tambien?..
(*A Eduardo.*)
De tu alma dura
me viene este golpe nuevo.
EDUAR. Junto á Natalia no debo
dejar á mi hermana pura.
JULIAN. ¿Mi hija arrancarme tambien?
LUISA. Perdon, perdon padre mio;
porque soy yo la que ansio
buscar en Dios mi sosten.
De nueva dicha halagado,
de afectos nuevos henchido,
usted bien pronto al olvido
dará sus hijos, y al lado
de la esposa que le encanta...
JULIAN. ¡Cesa... cesa!..
EDUAR. Su permiso
déle, señor... que es preciso.
JULIAN. ¡Dejarme, Luisa!..
LUISA. La santa
madre que me quitó el cielo,
y goza de gloria ya,
por mí, señor, velará
alcanzándome consuelo.
JULIAN. Mi corazon destrozais...
¿Cuando toco á la vejez,
los dos... los dos á la vez
¡oh ingratos!.. me abandonais?..

LUISA. ¡Oh Dios!
JULIAN. ¡Morir solitario...
sin mis hijos... sin mis hijos!..
EDUAR. Los nupciales rogocijos...
JULIAN. ¡Calla... calla, temerario!
no insultes mi pena amarga.
LUISA. ¡Padre!..
JULIAN. Sin mi hija querida
¿qué vá á ser de mí?... la vida
me abruma cual grave carga.
LUISA. ¡No! si usted quiere...
JULIAN. ¡Partid!
partid, si ese es vuestro anhelo;
y aunque yo quede en el suelo
cual sin el olmo la vid.
EDUAR. (*Conmovido.*)
Su paternal bendicion...
LUISA. Arrodillada la aguardo.
JULIAN. ¡Luisa!.. ¡mi Luisa!.. ¡mi Eduardo!..
¡Hijos de mi corazon!
(*Los abraza llorando los tres.*)

ESCENA VII.

Los mismos.—NATALIA *que aparece en el momento de abrazar don Julian á sus hijos.*

EDUAR. (*Sin verla.*)
Que el cielo le haga dichoso,
padre mio... adios!
LUISA. ¡Adios!
JULIAN. Esta alma os llevais en pos...
¡Que el Ser Todopoderoso
os bendiga!...
LUISA. (*Volviendo á abrazar á don Julian.*)
¡Padre!
EDUAR. (*Llevándosela.*)
¡Ven!
JULIAN. (*Dejándose caer en una silla.*)
Para siempre!

NATAL. (*Deteniendo á los dos hermanos.*)
¡Por piedad!
LUISA. ¡Natalia!
JULIAN. ¡Qué soledad!
NATAL. Que aguarden ruego.
EDUAR. (*A Natalia.*)
Del bien
que hoy por su amor sacrifica,
compénsele usted, señora.
NATAL. El dolor con que allí llora,
que es imposible me indica.
JULIAN. ¡Ah!...
NATAL. (*A Eduardo.*)
Mas antes de que usted
le abandone en duelo tanto,
le pido, por aquel llanto,
me dispense la merced
de escucharme un breve instante.
EDUAR. ¿Yo á usted?...
NATAL. Sí, señor, á mí;
á solas los dos, y aquí.
JULIAN. (*Aparte y con esperanza.*)
Ella tal vez lo quebrante.
EDUAR. No concibo con qué idea...
NATAL. Yo esplicársela prometo.
EDUAR. Pero el hablarme en secreto?...
NATAL. Fuerza es que en secreto sea.
JULIAN. (*Aparte. Levantándose.*)
De fijo le ablanda el alma.
(*á Luisa.*)
Dejémoslos, hija mia.
(*Se vá con Luisa.*)
EDUAR. (*Aparte.*)
Conservaré sangre fria.
NATAL. (*Aparte.*)
Procuraré tener calma.

ESCENA VIII.

NATALIA.—EDUARDO.—*Momento de silencio.*

NATAL. A separarnos para siempre vamos...
para siempre, señor!... y en el momenlo
en que por vez postrera nos hablamos,
necesidad fatigadora siento
de merecer de su ánimo justicia,
y piedad noble de su hidalgo pecho.
EDUAR. Señora...
(Aparte.)
Mi prudencia se desquicia;
esta mujer me ensaña á mi despecho.
NATAL. Insolencia tal vez y audacia ha sido
querer llevar de su familia el nombre;
pero acaso, señor, loca he creido,
y debo confesarlo aunque se asombre,
que de aquel rango que usurpar quería
fáciles me eran las virtudes altas,
y que, no obstante mis antiguas faltas,
al saberlo apreciar lo merecia.
EDUAR. Pues que ese orgullo á su placer corona
¿qué quiere usted de mí? qué triunfo nuevo
con insaciable afan su alma ambiciona?
NATAL. Su estimacion de usted. Sí; yo me atrevo
á esperarla, señor, con fé segura;
y á confesar que odioso me sería
sin ella el mundo, y la existencia dura,
y opaco y denso el resplandor del dia.
EDUAR. No comprendo...
NATAL. Si erré buscando asilo
contra el dolor de un pecho delincuente,
de la familia en el hogar tranquilo,
creyendo en él purificar mi frente;
la siento sonrojar cuando imagino
que aquel afan, que admiracion merece,
torpe codicia de ánimo mezquino,

allá en su corazon tal vez parece:
y juro, capitan... ¡oh sin ventura!
¿por quién jurar que la verdad sustento,
yo que no tengo, triste criatura,
una honra que perder si infame miento?...

EDUAR. *(Conmovido.)*
Prosiga usted, señora... fé le presto...
fé grande, ¡vive Dios!... hable con calma.

NATAL. ¿Y podrá usted creer, porque lo atesto,
que de ciénaga inmunda sale mi alma
virgen de amor, y de virtud sedienta?

EDUAR. Señora... tal vez sí... no es imposible.

NATAL. ¿Podrá creer que esta mujer punible,
espirara á sus piés hora contenta,
por un instante solo, un solo instante
en que cobrar le fuera permitido
aquel derecho, por su mal perdido,
de dar un corazon puro y amante?...

EDUAR. Tal vez... no dudo... y pues el hado quiso
que usted se enlace á la familia mia,
y que aceptar tal mengua me es preciso;
pues fuera el resistir vana porfia;
celebro que sus nobles sentimientos
permitan esperar que en lo futuro...

NATAL. No prosiga, señor... que esos acentos
me martirizan mas. De su honor puro
no puedo ser depositaria: el cielo
me hace, al fin, comprender cuanto era loco
aquel que contemplé glorioso anhelo.
Otro abrigo, ay de mí!... y aunque tampoco
digna me juzgo de llevarlo á cabo,
vengo á implorar su auxilio...

EDUAR. ¿El mio?...

NATAL. Espero
que así será mas fausto que el primero,
y sin causar en su honra menoscabo.

EDUAR. ¿Pero qué intento?...

NATAL. ¡Parto sin tardanza!
porque no á usted, señor, á mi me toca
renunciar de la dicha á la esperanza,
y el albergue perder que asalté loca.

EDUAR. *(Con agitacion y enternecido.)*
¡Natalia!...

NATAL. Mas primero que del mundo,
desaparezca mi infelice vida,
una nueva esperanza en usted fundo...
permítame, ¡por Dios! verla cumplida.

EDUARD. Disponga usted de mí.
(Natalia se acerca á su papelera, saca una cajita, y de esta una cartera: mientras tanto dice Eduardo lo que sigue.)
¡Oh! ¡qué tesoros
inutiliza el hombre en su egoismo!...
Casi vergüenza siento de mí mismo.

NATAL. *(Aparte.)*
¡Bendecid mi intencion, célicos coros!
(A Eduardo acercándose á él y presentándole la cartera.)
Dígnese, pues, del testamento mio
ser digno ejecutor...

EDUAR. *(Con espanto.)*
¡Cómo! ¡Señora!..

NATAL. No piense usted que del sepulcro frio
quiero buscar la paz aterradora;
mas muerta para el mundo ya me siento,
y al vivir para Dios no necesito
sino la estrecha celda de un convento,
y aquel amor eterno, é infinito.

EDUAR. ¿Usted?.. ¡no!.. sepultarse en la clausura
de un retiro cruel!..
(Aparte.)
No sé qué digo.

NATAL. Que esta loca infeliz busque ese abrigo;
no su hermana de usted dichosa y pura.

EDUAR. ¡Natalia!..

NATAL. *(Presentándole la cartera abierta.)*
Tenga usted. Si esta riqueza
no es noble por su origen, por su uso
puede serlo, señor.

EDUAR. *(Aparte.)*
¡Cuanta nobleza!

NATAL. Y usted se lo ha de dar.

EDUAR. ¡No! yo rehuso...

NATAL. Su promesa empeñó.

EDUAR. ¿Pero qué idea?..

NATAL. Digna de usted; no tema.

EDUAR. *(Aparte.)*

¡Me domina!

NATAL. Dios le dará su bendicion divina,
y esta triste mujer.

EDUAR. ¡Bien!.. ¿qué desea?

NATAL. *(Acercándose mas, y con acento solemne y doloroso.)*
Hay, como yo lo fuí, por ese mundo
huerfanitas sin pan, débiles, bellas,
que pudieran tal vez seguir mis huellas,
y perecer en cenagal inmundo.
Hay entre el esplendor de esa opulencia
que ostentan los dichosos, pobres séres
que solo con su honor y su inocencia
pueden comprar la vida y los placeres.
Si desprecio del hombre, horror del cielo
merece el que sucumbe en la lid cruda,
justo es tambien que encuentren en el suelo
quien á auxiliarlos compasivo acuda.
¡Oh, ya que todos no, sálvense algunos!
y santifique usted con tal empleo
estos bienes que doy, y mi deseo
quisiera hacer mas pingües que ningunos.
Distribuyan sus manos generosas
modestos dotes, con piedad sincera,
y dé á la sociedad dignas esposas
en nombre de la pobre aventurera.

EDUAR. ¡Yo no soy digno: no! mujer sublime
de ser ministro de tu bondad rara...
si el mundo solo su baldon imprime
en tu sexo infeliz, si no declara
mas vil y bajo al torpe libertino
que á sus víctimas tristes, yo lo hago!
Y al confesarme criminal, mezquino,
de mi conciencia al grito satisfago.
Cuántas ¡ay! como tú, yo á mis pasiones
sacrifiqué por necia vanagloria!..
¡Cuántos grandes y bellos corazones
habré sumido en despreciable escoria!..

NATAL. Severa expiacion pide aquel crímen;
yo se la impongo ¡Eduardo! en lo mandado...
Si hoy por su mano algunos se redimen,
Dios le perdonará los que ha inmolado.

EDUAR. (*Cayendo de rodillas á sus piés.*)
Pues solo así, Natalia, de tu diestra
recibir oso la mision sagrada.

NATAL. (*Poniendo en sus manos la cartera, y elevando las suyas al cielo.*)
¡Bendígala el Señor, que hora me muestra
su divina piedad, nunca agotada!
¡Bendígala el Señor, que hora me inunda
de celestial placer, que espresion no halla!..

EDUAR. (*Besando la mano que ella le tiende para levantarlo.*)
La mia te habla en su emocion profunda,
cuando mi lengua enmudecida calla.

ESCENA IX.

Los mismos.—DON JULIAN.—LUISA.—*Despues* CÁRLOS.

JULIAN. ¡Qué miro!.. ¡oh dicha... oh placer!
reconciliados están.

EDUAR. ¡Ah!..

NATAL. ¡Gran Dios!

JULIAN. Cesó mi afan!
¡Luisa! abraza á mi mujer.

LUISA. Señor...

EDUAR. (*Acercando á Luisa á Natalia.*)
¡Abrázala, sí!
Porque en ninguna ocasion
palpitará un corazon
mas noble cerca de tí.

NATAL. (*Al estrechar á Luisa en sus brazos.*)
¡Luisa!!

JULIAN. ¡Oh Dios! ¡qué rogocijo!
verla de Luisa en los brazos
formando tan dulces lazos!..
Oir que la encomia mi hijo!..
(*A Natalia.*)
¡Mi bien! la boda esta noche.
(*A Eduardo.*)
Tú, Eduardito, por tu vida
manda al punto se despida.

el de viaje infausto coche.

NATAL. (*Con voz conmovida.*)
¡Ah!.. ¡no!...

JULIAN. ¿Quieres que se ausente?...

NATAL. Quiero que viva á su lado,
siempre dichoso y honrado.

JULIAN. ¡Oh! lo hará seguramente.

NATAL. Pero aquel coche, señor,
ha venido para mí.

LUISA. ¡Para ella!...

EDUAR. ¡Oh Dios!

JULIAN. ¡Para tí!

NATAL. No honre usted con su dolor
esta partida forzosa.

JULIAN. ¡Tú! ¿tú partes?...

NATAL. Es preciso:
del honor que hacerme quiso
al darme el nombre de esposa,
y que no puedo aceptar,
voy por siempre agradecida;
mas si usted desde hoy lo olvida
aun mas me sabrá obligar.

JULIAN. ¿Qué dice?... ¿que no recuerde?...

NATAL. Yo no merezco su nombre.

JULIAN. A mí nada me remuerde...

NATAL. (*Con espresion.*)
¡A mí sí!.. ¡Yo amo á otro hombre!

JULIAN. ¿A otro?... ¿lo ama?...

EDUAR. (*Bajo á Natalia.*)
¿A qué mentirle?

NATAL. (*Con espresion.*)
No miento, Eduardo... ¡es verdad!

EDUAR. (*Dominándose y quedando profundamente agitado desde aquel instante hasta el fin del drama.*)
¡Ah!!...

JULIAN. ¡Yo muero!...

LUISA. (*Corriendo hácia él y haciéndole sentar en un sillon.*)
¡Padre mio!

CARLOS. (*Entrando presuroso y hablando con el criado que le sigue queriendo detenerle.*)
Ya no me importa mi tio:

nada respeto... ¡apartad!...
¿Luisa partir?...

NATAL. Carlos, no:
á su pobre tio acuda,
y préstele á Luisa ayuda;
pues la que parte soy yo.

CARLOS. ¡Ah! ¡qué escucho!
(Corre al lado de don Julian á quien sostiene Luisa.)

NATAL. *(Muy conmovida.)*
Adios Eduardo...

EDUAR. ¡Natalia!...

NATAL. *Señalando á don Julian.)*
Temple su duelo.

EDUAR. ¿Y nunca mas?...

NATAL. ¡En el cielo!...
de su clemencia lo aguardo.
(Se va: Eduardo la sigue con la vista y vuelve cerca de su padre con aspecto de concentrado dolor.)

JULIAN. »Natalia... ¡Oh Dios! ¿dónde está?... (1)

LUISA. »Señor... Natalia se aleja...

JULIAN. »¡Ingrata!... ¡ingrata!

EDUAR. »La queja
»es, padre, perdida ya.

JULIAN. »¿Con que ha partido? ¡Gran Dios!
»¿Morir solo es mi destino?

LUISA. *(Poniéndose de rodillas á sus piés.)*
»¡Padre! ¿y su hija?

CARLOS. *(De rodillas tambien al otro lado.)*
»¿Y su sobrino?

EDUAR. »Le quedan á usted los dos;
»y su dulce union, en vez
»de la otra —que sueño ha sido—
»le guarda un nieto querido,
»apoyo de su vejez.

JULIAN. *(Echándoles los brazos al cuello y llorando.)*
¡Hijos mios!...

LUISA. ¡Padre amado!

CARLOS. ¡Que el cielo bendito sea!

(1) Los versos señalados al márgen con comillas, se suprimieron en la representacion.

JULIAN. Casaos, sí... que yo os vea
felices siempre á mi lado.
¿Y tú, Eduardo...

EDUAR. Yo, señor,
renuncio al nombre de esposo:
mi alma me niega el reposo,
aunque no el mundo el honor.
Si hasta hoy su injusta indulgencia
por desdicha me ha cegado,
Dios su juicio me ha mostrado
por la voz de mi conciencia;
que me hace claro entender
que es enorme sinrazon
que la ley de expiacion
solo alcance á la mujer;
y que el hombre, juez severo
del mismo mal que ocasiona,
corrompiendo halle corona,
y la halle al ser justiciero.
—Natalia vá en soledad
á gemir sus estravios;
yo corro á borrar los mios
sirviendo á la humanidad!

FIN DEL DRAMA.

GOBIERNO DE LA PROVINCIA DE MADRID.

Madrid 5 de Abril de 1853.

Examinada por el Sr. Censor de turno, puede representarse.

Rafael Perez Vento.

EN UN ACTO.

Las obras de Quevedo.
Uu protector del bello sexo
No siempre lo bueno es bueno.
Huyendo del peregil.
El chal verde.
Como usted quiera.
Un año en quince minutos.
Un cabello!
El don del cielo.
La esperanza de la Patria, *loa*
Alza y baja.
Cero y van dos.
Por poderes.
Una apuesta.
¿Cuál de los treses el tio?
La eleccion de un diputado.
La banda de capitan.
Por un loro!
Simon Terranova.
Las dos carteras.
Malas tentaciones.
Dos en uno.
No hay que tentar al diablo.
Una ensalada de pollos.
Una Actriz.
Dos á dos.
El Tio Zaratan.
Los tres ramilletes.
El Corazon de un bandido.
Treinta dias despnes.
Cenar á tambor batiente.
Las jorobas.
Los dos amigos y el dote.
Los dos compadres.
No mas secreto.
Manolito Gazquez.
Percances de un apellido
Clases Pasiv as.
Infantes improvisados.
Por amor y por dinero.
Estrupicios del amor.
Mi media Naranja.
¡Un ente singular!
Juan el Perdío.
De casta le viene al galgo!
¡No hay felicidad completa!
El Vizconde Bartolo.
Otro perro del hortelano.
No hay chanzas con el amor.
¡Un bofeton... y soy dichosa!
El premio de la virtud.
Sombra, fantasma y muger.
Cuerpo y sombra.
Un Angel tutelar.
El turron de noche-buena.
La Casa deshabitada.
Un Contrabando.
El Retratista.

ZARZUELAS CON SUS PARTITURAS Á TODA ORQUESTA.

Don Simplicio Bobadilla.
El duende.
El duende, segunda parte.
Las señas del archiduque.
Colegialas y soldados.
Tramoya.
Gloria y peluca.
Palo de ciego.
Tribulaciones!!
El Campamento.
Por seguir á una muger.
Buenas noches, señor don Simon.
Misterios de bastidores.
El marido de la mujer de D. Blas.
Salvador y Salvadora.
¡Diez mil duros!!
Los dos Venturas.
De este mundo al otro.
El sacristan de San Lorenzo.
El alma en pena.
La flor del valle.
La hechicera.
El novio pasado por agua.
La venganza de Alifonso.
El suicidio de Rosa.
La pradera del canal.
La noche-buena.
Una tarde de toros.
Partitura del duende, para piano y canto.

OBRAS.

Diccionario de la legislacion mercantil de España, por D. Pablo Avecilla.
Legislacion militar de España, por D. Pablo Avecilla.
Código penal reformado, ilustrado y anotado con citas y tablas de penas.

PUNTOS DE VENTA.



En Madrid: en las librerias de Cuesta, calle Mayor; Monier, Carrera de San Gerónimo; Rios, y Perez, calle de Carretas.

EN PROVINCIAS.

Adra. . . .	D. Francisco Barranco Medina.
Albacete. . .	Nicolas Herrero y Pedron.
Alcalá. . . .	Benigno García Anchuelo
Alcoy. . . .	José Martí y Roig.
Algeciras. . .	Clemente Arias.
Alicante. . . .	Pedro Ibarra.
Almería. . .	Mariano Alvarez.
Andujar. . .	Domingo Caracuel.
Antequera. .	Joaquin Maria Casaus.
Aranjuez. . .	Gabriel Sainz.
Avila. . . .	Juan Antonio Gomez.
Avilés. . . .	Ignacio García.
Badajoz. . .	Sra. Viuda de Carrillo.
Baena. . . .	Francisco Fernandez.
Baeza. . . .	Manuel Alambra.
Barcelona . .	Juan Oliveres.
Idem.	José Piferrer y Depaus.
Baza.	Joaquin Calderon.
Bejar	Vicente Alvarez.
Benavente. .	Pedro Fidalgo Blanco.
Berja. . . .	Nicolas del Moral.
Bilbao. . . .	Nicolas Delmas.
Burgos. . . .	Timoteo Arnaiz.
Cáceres. . . .	José Valiente.
Cádiz. . . .	Severiano Moraleda.
Calatayud. . .	Bernardino Azpeitia.
Carmona. . .	José María Moreno.
Cartagena. . .	Vicente Benedicto.
Castellon. . .	Remigio Moles.
Cervera. . . .	Joaquin Gasset.
Chiclana. . .	Manuel Alvarez Sibello.
Ciudad-Real.	Antonio Mexía.
Cdad-Rodrig.	Salomé Perez.
Córdoba . . .	Juan Manté.
Coruña. . . .	José Lago.
Cuenca. . . .	Pedro Mariana.
Ecija.	Ciriaco Jimenez.
Figueras. . .	Jaime Bosch.
Gerona. . . .	Narcisa Grasses.
Gijon.	Vicente de Escurdia.
Granada. . . .	José María Zamora.
Guadalajara .	Fermin Sanchez.
Guardamar. .	Joaquin Muñoz.
Habana. . . .	Charlain y Fernandez.
Huelva. . . .	Osorno é hijo.
Huesca. . . .	Bartolomé Martinez.
Igualada. . .	Joaquin Jover y Serra.
Jaen. . . .	José Sagrista.
J. la Frontra.	José Bueno.
Leon.	Manuel Gonzalez Redondo.
Lérida. . . .	Manuel de Zara y Suarez.
Lisboa. . . .	Silva Junior.
Logroño. . .	Ciriaco Verdejo.
Loja.	Juan Cano.
Lorca. . . .	Francisco Delgado.
Lugo.	D. Manuel Pujol y Masia.
Lucena	José Jimenez.
Málaga. . . .	Francisco de Moya.
Manila. . . .	Ramon Somoza.
Manresa. . .	Manuel Sala.
Manzanares. .	Dimas Lopez.
Medina Sidon.	Francisco Ruiz Benitez.
Motril	José Joaquin Batlle.
Murcia. . . .	Antonio Molina.
Orense. . . .	José Ramon Perez.
Oviedo. . . .	Bernardo Longoria.
Palencia. . . .	Gerónimo Camazon.
Palma. . . .	Pedro José García.
Pamplona. .	Ignacio Garcia.
Paris	Boix y Compañia.
Plasencia. . .	Isidro Pis.
Pontevedra. .	Juan Verea y Varela.
Priego. . . .	Gerónimo Caracuel.
P. Sta. María.	José Valderrama.
Requena. . .	Antolin Penen.
Reus.	Juan Bautista Vidal.
Rivadeo. . .	Francisco F. de Torres.
Ronda. . . .	Rafael Gutierrez.
Salamanca. .	Telesforo Oliva.
S. Fernando.	José Tellez de Meneses.
San Lucar. .	José Maria Espez.
Sta. Cruz Tf.	Pedro M. Ramirez.
S. Sebastian.	Sres. Domercq y Sobrino.
Santander. .	Gabriel Rodriguez.
Santiago. . .	Sres. Sanchez y Rua.
Segovia. . . .	Eugenio Alejandro.
Sevilla. . . .	Cárlos Santigosa.
Idem.	Juan Antonio Fê.
Soria.	Francisco Perez Rioja.
Talavera. . .	Angel Sanchez de Castro.
Tarragona . .	Antonio Puigrubí y Canals.
Teruel. . . .	Vicente Castillo.
Toledo. . . .	José Hernandez.
Toro.	Alejandro Rodrig. Tejedor.
T. de Cuba.	Meliton Franc. de Revenga.
Tuy.	Francisco Martinez Gonzalez
Valencia. . .	Francisco Mateu y Garin.
Idem.	Francisco de P. Navarro.
Valladolid. .	José M. Lezcano y Roldan.
Valls.	Cayetano Badía.
Velez Málaga	Mariano Cebrian.
Vich.	Ramon Tolosa.
Vigo.	José Marìa Chao.
Vill. y Geltrú	José Pers y Ricard.
Vitoria. . . .	Bernardino Robles.
Ubeda. . . .	Francisco de P. Torrente.
Zafra	Júan de Dios Hurtado.
Zamora. . .	Manuel Conde.
Zaragoza . .	Pascual Polo.

El Círculo Literario Comercial se halla establecido en la calle de Fuencarral, casa Astrarena.